

MARTÍN
ABRISKETA



EL PAÍS
ESCONDIDO



Lectulandia

Maggie es una niña muy tímida que vive en su mundo, protegida por una fantasía desbordante que entre otras cosas le hace creer que todo lo que dibuja con sus rotuladores mágicos se convierte en realidad. Es una suerte que vea la vida así, ya que su historia es triste: su madre la abandonó cuando era bebé y se ha criado con su abuelo, con el que se siente feliz en su castillo, en una casita diminuta. Pero el abuelo se está olvidando de quién es, padece demencia senil, y las asistentes sociales del ayuntamiento quieren separarlos, enviarlos a cada uno a un centro. Maggie no lo puede permitir, el abuelo es todo lo que tiene, y decide ir en busca de su madre, pues es la única que puede evitar que los separen. Ya no cree que sea una sirena, como le contaba el abuelo de pequeña; una sirena que tuvo que regresar al mar porque no podía respirar fuera del agua. Ha encontrado droga en una caja que le pertenecía y, desesperada, se lanza a las calles de aquel Bilbao de plomo con el propósito de dar con algún drogadicto que la conozca y los conduzca a ella. Afortunadamente, no está sola ante el peligro: la acompaña su abuelo, que disfruta de esa búsqueda por los bajos fondos de una ciudad llena de barricadas como si fuera una aventura fabulosa.

Le ayudarán también un vecino de su edad, tan inocente como ella, y un fantasma que vive en la pared de su dormitorio, con el que comparte todos sus secretos. Cuenta además con el poder de sus dibujos milagrosos, con los que intentará salvar su mundo, un mundo lleno de magia, del que, no obstante, deberá escapar para volver a ser feliz.

Lectulandia

Martín Abrisketa

El país escondido

ePub r1.0

Titivillus 13.03.2019

Título original: *El país escondido*
Martín Abrisketa, 2018
Ilustraciones: Isabel Holgueras

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El país escondido

Capítulo 1. El chinchorro

Capítulo 2. Las mujeres fatales

Capítulo 3. El cartoncito azul

Capítulo 4. El fantasma de la pared

Capítulo 5. El cuchillo

Capítulo 6. Las lágrimas de la pared

Capítulo 7. La firma del abuelo

Capítulo 8. Los consejos del fantasma

Capítulo 9. El señor yanqui

Capítulo 10. Las manos sucias

Capítulo 11. Los celos del fantasma

Capítulo 12. ¿Qué me pasa?

Capítulo 13. El bosque

Capítulo 14. La pintada

Capítulo 15. El plan

Capítulo 16. El secreto

Capítulo 17. El puente de la verdad

Capítulo 18. El arcoíris

Capítulo 19. La bruma roja

Capítulo 20. El ojo de pez

Capítulo 21. La canción del pirata

Capítulo 22. La herida

Capítulo 23. La isla de la luna

En memoria

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1



EL CHINCHORRO

Maggie vivía en la luna, y por eso durante mucho tiempo no se enteró de lo que estaba sucediendo. Hasta aquella mañana.

Corrían los años ochenta y aquella mañana el abuelo la había llevado de excursión en barquita para enseñarle a navegar. Antes de jubilarse era pirata, o mejor dicho, pluriempleado, como todos los de su generación. Trabajaba de marinero por las mañanas y de pirata por las tardes. Su gran barba y sus cejas pobladas daban fe de los años que pasó como corsario saqueando barcos.

Maggie, muy a su pesar, no había heredado su barba. Era una niña de cara despejada, cabellos rojos y mirada violeta. Navegaban por una ría escondida bajo la bruma con la sonrisa desplegada al viento y el corazón encogido. Encogido, porque de cuando en cuando emergía de entre la niebla un enorme buque haciendo sonar su bocina y se les helaba hasta el aliento. Menos mal que el abuelo, que se las sabía todas, maniobraba rápidamente con la caña del timón y, en el último instante, se salvaban de morir abordados o hundidos por las olas que provocaban aquellos buques a su paso. Era un auténtico lobo de mar.

Sin embargo, los pescadores de la orilla, siempre dispuestos a lanzar una crítica al aire, no dejaban de gruñir:

¡Viejo, viejo loco, adónde va!

A la niña le daban miedo aquellas voces. Permanecía abrazada a su abuelo, llevaba semanas abrazada a él, años quizá. No se separaba del pirata ni para ir a la escuela. Faltaba mucho a clase, es verdad, pero no porque fuera enfermiza, sino porque poseía poderes sobrenaturales. Entre otros, tenía la facultad de hacer que el mercurio de los termómetros actuara a su antojo. Era todo un espectáculo verla: se sentaba en el sofá con el termómetro en el sobaco, se concentraba apretando los párpados hasta que se le llenaban de chiribitas y, en cinco minutos, el mercurio alcanzaba los cuarenta grados como mínimo.

El abuelo, el pobre, no pegaba ojo a cuenta de aquella calentura pertinaz que padecía su nieta y la llevaba de médico en médico sin que ninguno diera con el remedio. Sí, parecía que el asunto se le estaba escapando de las manos...

Pero Maggie poseía poderes sobrenaturales incluso más prodigiosos que el que ejercía sobre los termómetros. El mayor de todos era que dibujaba milagros. Resultaba increíble, pero, empleando unos simples rotuladores y un papel, lograba que sus deseos se hicieran realidad con solo pintarlos a todo color.

El abuelo rellenó con un bidón el depósito de gasolina de la barquita, que apenas tenía autonomía para una milla, y reanudaron la marcha. La niña se quedó observándolo y sacó el estuche de las pinturas mágicas para eliminarle las arrugas de la frente con la goma de borrar. El pirata ni se enteró, estaba ocupado achicando agua, que se filtraba al interior del bote por la falta de estopa y brea en su casco de madera. Al terminar con las arrugas, le coloreó los mofletes. Le pintaba y repintaba continuamente para impedir que envejeciera y subiera al cielo algún día. Y sin duda lo había conseguido, pues, con su maquillaje, el abuelo no solo se veía más joven, sino que se comportaba como un chaval para el que no existiera el mañana. Aquel era un milagro mayúsculo, desde luego: Maggie había detenido el tiempo, el tiempo de su abuelo y el de ella misma. Por eso era tan pequeñita. No crecía. La marca que señalaba su altura en la puerta de la cocina no se había elevado ni un milímetro desde cuando tenía nueve años, y justamente aquel día cumplía doce.

El abuelo se llevó las dos manos a la cabeza al recordarlo:

¡Ahí va!, exclamó. ¡Se me ha olvidado traer tu regalo!

Ella le restó importancia al despiste con una retahíla de besos y luego le preguntó qué le había regalado.

No sé, respondió. ¡Qué cabeza la mía, tampoco me acuerdo de lo que era!

A Maggie se le ocurrió que tal vez fuera aquel paseo en barca, pero el pirata negó con la cabeza y juró por todos los bucaneros del mundo que su regalo era mucho mejor que un paseo en un chinchorro de juguete como aquel. Era un regalo importantísimo, el más importantísimo que le había hecho nunca.

Te va a encantar, aseguró. En cuanto me acuerde de qué es y dónde lo he metido, te va a encantar.

La niña le repasó las patas de gallo con una pintura blanca y le pidió que le hablara de su madre. Pero él contó lo de siempre:

Tu madre está en el mar, como esa foca.

Bueno, lo de la foca no acostumbraba a decirlo, pero es que realmente había una foca nadando junto al bote. Le arrojaron lo que les quedaba de almuerzo y Maggie quiso acariciarla, pero desapareció bajo el agua.

Percibían ya la cercanía del mar en el aroma del viento, que arreciaba conforme avanzaban, y al llegar a la altura de unas formidables estructuras de hierro, que el pirata aseguró que eran la base de un puente colgante oculto entre la niebla, dieron media vuelta. Se hacía tarde.

Entonces la bruma se retiró, dando paso a un sol tímido de otoño, y de pronto se hallaron rodeados de fábricas inmensas y oxidadas que teñían con su resplandor de fuego el humo que despedían. Llovía ceniza y olía a algo pesado. Maggie reparó en la ría. No era verde, verde esmeralda como las de los cuentos, sino marrón, opaca, grasienta. Daba pena mirarla. Flotaban peces muertos.

El motorcito carraspeó, o tal vez fue el abuelo. Esparcidas entre las fábricas, aquí y allá, había casas que hablaban. Hablaban por sus fachadas, llenas de pintadas escritas con rabia, mucho dolor. También hablaban sus vecinos. Prácticamente se podía seguir sus conversaciones desde el chinchorro, pues las paredes de aquellas casas debían ser de papel. Algunos gritaban:

¡Cabrones!

Les faltaba poco para llegar a su hogar, surcaban ya las aguas de la ciudad, y al volverse a estribor, descubrieron la verdadera procedencia de los gritos: la guerra. Aquello era una auténtica batalla campal. Se disputaba entre grúas y dársenas, en lo que parecía un astillero, aunque no se veían barcos en construcción. Los obreros se enfrentaban con tirachinas a centenares de policías apostados en lo alto de un puente, mientras los peatones trataban de cruzarlo entre gases lacrimógenos, pelotas de goma y tornillos que volaban. Se oyó una explosión y el pirata, por algún motivo, se mostró indignado:

¡Ya no se hacen bombas como las de antes!, protestó.

Maggie apretujó a su abuelo, su país, y la guerra fue quedando atrás. Enseguida el cauce se estrechó, las casas se arrejuntaron y la niña observó que las escaleras que descendían a la ría, hasta entonces salpicadas de pescadores, se hallaban repletas de gente relajada tomando el sol. Un chico, de tan relajado como estaba, se había quedado dormido sentado sobre una caja de fruta. Tenía un brazo desnudo apoyado en las rodillas. Visto desde abajo, desde el chinchorro, parecía una estatua griega majestuosa.

¿Quiénes son esos señores de las escaleras?, se interesó.

¿Esos? Mucho cuidado con esos, advirtió el pirata. ¡Son yanquis, hija, yanquis!

¿Yanquis?

Sí, drogadictos.

El abuelo llamaba «yanquis» a los yonquis. Quizá creía que aquel atajo de maleantes, como solía definirlos, eran oriundos de América del Norte. Llegaron a la altura de la lonja donde guardaban el chinchorro y, para asombro de la niña y del propio pirata, un yanqui muy amable les ayudó a izarlo a tierra tirando del cabo de proa. De no ser por él, no lo habrían logrado nunca. Maggie olvidó por un momento su timidez y le dio un besito de agradecimiento, y el yanqui se tocó la mejilla con sorpresa.

Una vez colocaron todo en su sitio, el chinchorro, el motorcito y el bidón de gasolina, el abuelo echó la persiana de la lonja. Se disponían a marchar ya cuando el hombre se volvió hacia su nieta con los ojos encendidos y, esbozando una sonrisa de satisfacción, abrió la persiana de nuevo y dijo:

¡Se me acaba de ocurrir una idea, Maggie! ¡Nos vamos, ahora mismo nos vamos de excursión con nuestra barquita! ¿Qué te parece?

¡Pero si acabamos de guardarla, abuelo!

¡No me digas!

Bilbao (otoño, 1984)



Aquella noche Maggie pintó un paisaje, un nuevo milagro. Era Bilbao desde la barquita. Dibujó su ciudad iluminada por una luna naranja. La dibujó como era a sus ojos, en sus deseos, con sus dos cielos. El de la izquierda, de un azul más clarito, era el cielo de todos, de todos los demás. Y el de la derecha, sobre montañas, el cielo de Maggie y su abuelo, el que veían desde su ventana.

CAPÍTULO 2

LAS MUJERES FATALES

Los días que siguieron al de la excursión en barquita fueron cada vez más oscuros, no paraba de llover ceniza sobre la ciudad. Sin embargo, a pesar de aquel tiempo de perros, Maggie regresó a la escuela, pues temía que alguno de los doctores a los que la llevaba el abuelo acabara por descubrir el asunto del termómetro. Pero en cuanto sonaba la sirena que anunciaba el final de la última clase, corría a casa a recuperar las horas perdidas lejos del pirata, y pasaban la tarde felices, jugando a cartas junto a la estufa.

Una de esas tardes, la más lluviosa de todas, llamaron al timbre. Maggie echó una ojeada por la mirilla y abrió la puerta con cautela. Eran dos señoras que chorreaban agua por los pies y olían a rosas. Se presentaron como funcionarias de los servicios sociales del Ayuntamiento y entraron al piso como verdaderas cotillas, pasando revista a todo. Husmearon entre la pila de cacharros sin fregar de la cocina, chequearon los quemadores, la olla a presión, el fregadero atascado, el moho del baño, las telarañas del techo e incluso los calzoncillos despatarrados por el suelo. Luego se sentaron a la mesa del comedor a ambos lados del abuelo, que se encontraba en ese instante barajando las cartas, y dijeron que habían venido alertadas por su médico de cabecera, que estaba muy preocupado por su estado.

¿Es usted don Juan María Ugartechea Elordi?, preguntaron.

Ese soy yo, reconoció el pirata levantando una ceja. Aunque le duró poco la suspicacia, pues un segundo después repartía cartas con alegría. Eran cuatro, el número perfecto para echar una partida al mus.

Bien, don Juan María, no pretendemos alarmarle, pero, tal y como le ha pedido su médico, debe acudir inmediatamente al neurólogo. Queremos que lo examine. Probablemente necesite una medicación más fuerte. Hay que intentar detener el rápido deterioro que está sufriendo en las últimas semanas.

El pirata ni se inmutó al escuchar esto. Observaba las cartas que le habían tocado en suerte como si fuera una momia, ya que lo más importante cuando juegas al mus es que no se te note el juego que llevas.

Entonces, la otra funcionaria, a la que a juicio del pirata efectivamente le tocaba hablar ahora, dado que estaba a su derecha y él había barajado, se volvió hacia su nieta y dijo:

Tú debes ser Maggie, Maggie Ugartechea McLean, ¿no es así?

La niña soltó un «sí» timorato. La funcionaria la miraba directamente a los ojos y eso le imponía mucho. Ella nunca miraba a los ojos a nadie, a nadie que no fuera su abuelo. Ahora mismo miraba por encima de la cabeza de la señora, como si esta tuviera los ojos en la punta de unas antenas que le salieran de la coronilla.

A ver, hija, prosiguió la funcionaria confundida, palpándose la coronilla por si le andaba una cucaracha por ahí (aquella casa tenía pinta de estar llena de cucarachas); por favor, confírmame que los datos que te voy a leer son correctos, ¿de acuerdo?

Vale.

Aquí pone que acabas de cumplir doce años.

Sí.

Sin padre. Padre reconocido, quiero decir.

Sí.

Tu madre, Agnes Ugartechea McLean, te abandonó con un año y se encuentra en paradero desconocido.

Sí.

¿Habéis recibido alguna noticia de ella?

No.

Por favor, hija, habla más alto. Que sepamos, solo tienes un familiar cercano, una hermana de tu abuela que vive en... ¿en Escocia?... Ah, vale, entiendo: tu abuela era escocesa. Pero no nos consta la dirección de su hermana. ¿Hay algún modo de contactar con ella?

Esta vez Maggie no pudo contestar: la crudeza del interrogatorio la había dejado muda y con la mirada en el suelo. Lo hizo el abuelo. Comentó que no sabía nada de su cuñada desde la muerte de su esposa, hacía catorce años, pero que seguramente habría fallecido también, ya que era muy mayor. Esas fueron sus palabras, llenas de sentido. Aunque las pronunció con la atención puesta en la partida: estaba impaciente porque aquel par de estiradas se dieran mus y le permitieran descartarse al menos de ese maldito seis de espadas.

Se oyó el pitido de la olla a presión y el abuelo fue a la cocina a retirarla del fuego. Las funcionarias aprovecharon para interesarse por él. Querían que Maggie les contara si se olvidaba de cosas importantes, si hablaba solo o le había observado cambios de humor repentinos. Ella negó con la cabeza y el pirata, de vuelta ya de la cocina, le guiñó un ojo. Estaba haciendo trampas.

Cambiaba su seis de espadas por un rey de bastos que había extraído disimuladamente del fondo de la baraja.

Las funcionarias entonces parecieron desfallecer, comenzaron a hablar a relevos, terminando una la frase de la otra, mientras les caían gotas por la frente. Dirigiéndose a ambos con un lenguaje muy técnico, difícil de entender para una niña, les explicaron que, si el estado del abuelo empeoraba todavía más, como era de esperar, no podrían continuar en esa situación. Tendrían que separarlos, enviarlos a cada uno a un centro. A no ser, claro está, que localizaran a un familiar que se hiciera cargo de ellos. Pero no querían precipitarse a la hora de tomar una decisión de ese tipo, que suponían traumática, y anunciaron que regresarían en dos meses para comprobar la evolución del abuelo. Ya con el informe del neurólogo en la mano, le efectuarían un examen complementario para evaluar su memoria y el nivel de responsabilidad que era capaz de asumir, y resolverían en consecuencia.

Sin más, se levantaron arrastrando las patas de las sillas por el parqué, produciendo un ruido insoportable, y desaparecieron con una corriente helada que esparció por toda la casa el olor a rosas de su perfume. Ni Maggie ni el abuelo las acompañaron a la puerta. La niña seguía con la mirada en el suelo, donde había un charquito. ¿Eran sus lágrimas?

No pasa nada, Maggie, dijo el pirata tratando de consolarla. Cuando vuelvan esas urracas, se les van a quitar las ganas de amenazarnos. ¡Mira qué tres reyes llevo!

CAPÍTULO 3



EL CARTONCITO AZUL

Maggie pasaba largas temporadas en la luna. Subía particularmente durante las clases de lengua y sociales. Pero no lo hacía aposta: despegaba del suelo sin enterarse, como impulsada por un soplido. Luego, volaba y volaba hasta que la maestra la sacaba de sus pensamientos diciendo:

¿Dónde estás, Maggie? Baja, baja de ahí arriba. Vas a conseguir que te castigue otra vez.

Entonces, la niña, que era muy obediente, aterrizaba en su pupitre atravesando las nubes negras que cubrían Bilbao, la ciudad que se encuentra justo debajo de la luna, y hacía lo imposible por seguir la lección y apuntar todo lo que se escribía en el encerado. Pero no transcurrían ni cinco minutos y ya flotaba de nuevo, hipnotizada por la lluvia, que trazaba canales de agua en la ventana. Le encantaba aquella montaña. Más allá de los canales, apenas visible debido al vaho acumulado en el cristal, había una montaña que en ocasiones se cubría de nieve. Contemplándola desde su pupitre, creía escuchar el rumor del viento peinando el bosque y se imaginaba escalándola para charlar con los árboles, que lo saben todo.

Descendió a la realidad con el timbrazo que daba comienzo al recreo y se dirigió a su esquinita. Sus recreos transcurrían en una esquinita de la verja que separaba la escuela de la calle. La maestra insistía en que debía salir de allí, de su casita, jugar y gritar con sus compañeras. Pero a ella no le gustaban los gritos. Ni siquiera chilló cuando, en cuarto curso, aquella niña rompió sus rotuladores y le hizo sangre.

Ya no le pegaban. Tampoco le hacían el vacío, como temía la maestra. Ahora, por el contrario, recibía cariño, quizá porque sus compañeras sí que habían crecido. Eran cada vez más altas, limpias, bien vestidas, y a menudo pasaban por su esquinita y le acariciaban los tirabuzones. Seguían viéndola como un hada, un hada perfecta, pero tan pequeñita que su magia ya no les daba envidia. La aceptaban al fin, aun sin comprenderla, aunque hiciera cosas raras, como bailar con una amiga invisible. La verdad es que hacía dos años

que no bailaba con Mika, se lo prohibió la maestra, pero era difícil olvidar aquella danza. En los movimientos de una adivinabas la presencia de la otra. Mika era real, continuaba viva en la memoria de todo el colegio.

Aquel día, sin embargo, Maggie se sentía sola, sola sin remedio, como nunca se había sentido. Por eso recibía más caricias que de costumbre, incluso de algún viandante que alargaba el brazo desde el otro lado de la verja. Todo el mundo percibía su tristeza al verla dibujar sentada en el suelo. Puede que fuera su gesto lo que la delataba, o que no sacara la lengua mientras dibujaba aquellas tres figuras. Eran las primeras que realizaba. Hasta entonces no se había atrevido a pintar personas. Se bloqueaba. Por alguna razón, era incapaz de dotarlas de rasgos bien definidos, con personalidad propia. Y fruto de la inexperiencia, las figuras le estaban saliendo fatal, demasiado infantiles. Eso la desesperaba: aquel dibujo era el más importante de su vida, necesitaba que se hiciera realidad lo antes posible. Sus compañeras tampoco ayudaban. La interrumpían, querían que sonriera, que jugara con ellas aunque solo fuera por una vez. Maggie sonreía, sí, pero seguía pintando, realizando más y más bocetos sin dar con el definitivo.

Sonaron tres timbrazos más, todos ellos angustiosos, y con el cuarto la niña abandonó la escuela a grandes zancadas, saltando los charcos que la separaban de su abuelo. Cruzó el laberinto de callejuelas y cantones de su barrio como una exhalación y lo encontró revolviendo en los armarios. Había puesto la casa patas arriba. Le preguntó qué buscaba y él repitió sus palabras un millón de veces:

¿Qué buscas, qué buscas, qué buscas, qué buscas, qué buscas, qué buscas?

En vista de que ni él mismo lo sabía, se interesó por su madre. Pero le pidió que esta vez le contara la verdad. Era cuestión de vida o muerte. Cualquier detalle que recordara podía conducirlos a ella. Su ama era la única posibilidad que tenían de permanecer juntos.

¿Dónde está?, ¿qué ocurrió?, ¿me abandonó?, insistía.

No, no te abandonó, concedió al fin el pirata mientras colocaba la escalera frente a un armario que no alcanzaba a abrir.

¡Pero esas señoras dijeron que me abandonó!

No te preocupes, cariño, todo está en el tesoro. ¡Maldita sea, eso es lo que busco: el tesoro, estoy buscando el tesoro!

¡Abuelo, ya vale, déjate de tesoros! ¡Hay que encontrar a mi ama!

Justo en ese momento, el pirata pareció hallar lo que buscaba en lo más profundo del armario. Era una caja. Pero tras echarle una ojeada, la arrojó desde lo alto de la escalera con desprecio.

¡Dónde carajo habré puesto el tesoro!, tronó.

La caja cayó sobre la cama y uno de los objetos que contenía salió despedido, yendo a parar a los pies de Maggie. Era un cuadro. El cristal que lo protegía no se había roto gracias a que la niña calzaba katuskas de goma aquel día. Se arrodilló para examinarlo y salió del error: no era un cuadro, sino un diploma de natación, en cuyo centro estaba escrito el nombre de la luna. El de su madre. Era la primera vez que sostenía en sus manos algo que le hubiera pertenecido. ¿Las huellas sobre el cristal serían las de sus dedos?

Las acarició. Luego besó aquellas letras sinuosas que demostraban que existía, o que existió algún día, al menos. Siempre la había perseguido la duda. Más que por las increíbles historias que contaba el abuelo acerca de su desaparición, dudaba de la existencia de su madre porque en la casa no había una sola fotografía en la que apareciera retratada. Ni siquiera se conservaba una de cuando era pequeña, como por ejemplo del día de su primera comunión. Dándole vueltas al asunto, había llegado a la conclusión de que era adoptada. Pero ese diploma probaba que no, que era hija de Agnes Ugartechea, una mujer de carne y hueso con recuerdos guardados en una caja, que después de abrirla con premura descubrió que estaba llena de música. Eran discos de todos los colores y tamaños, y bajo los mismos, envuelto en un trapo, un tocadiscos que pesaba como un demonio.

Emocionada, cargó con la caja hasta su habitación, decidida a escuchar las canciones que le gustaban a su ama. Enchufó el aparato y eligió una de un grupo que se llamaba Pink Floyd y que sonaba a rayos, como a ratones cantando acelerados. Pulsó aquí y allá a ver qué pasaba, y tras mover una clavija, el aparato, que era muy antiguo, reprodujo perfectamente el sonido de un órgano que le infundió algo de miedo.

Pasó la tarde escuchando un disco tras otro, y al sacar de su funda el último de la colección, cayó un papel al suelo. Estaba doblado y requetedoblado. Lo desplegó con curiosidad y en su interior halló un cartoncito de color azul que le recordó a una chuleta de las que se hacen para copiar en los controles. Fue corriendo en busca de la lupa y se desinfló: el cartoncito no contenía ningún mensaje escrito por su madre con boli azul y letra diminuta, como esperaba. Aquello solo eran garabatos. Muy bonitos, ya que formaban figuras geométricas, pero nada más.

El rostro sin cara (otoño, 1984)



Lo intentó un millón de veces, pero aquel día, en la escuela, Maggie no logró dibujar el rostro de la luna, pues desconocía sus rasgos. Esa era la razón por la que se le daba tan mal realizar caras. Temió por el milagro. Temió que las tres personas que había dibujado, que eran su abuelo, su ama y ella misma, nunca llegaran a estar juntas.

CAPÍTULO 4

EL FANTASMA DE LA PARED

El abuelo empeoró mucho en las semanas siguientes, quizá porque seguía tomando la misma medicación. No pudieron acudir al neurólogo. El día de la cita, el hombre amaneció dando pasos al aire, como si de repente no calculara bien las distancias, y a Maggie le resultó imposible arrastrarlo hasta la consulta. Desistió tras tropezar en la escalera con el vecino de arriba, que bajaba como un loco y se los llevó por delante. El vecino era un chaval de su edad, más tonto que un zapato, y por mucho que se excusó, no quiso ni mirarle a las antenas.

Era extraña la enfermedad del pirata. Parecía que tuviera un cable medio suelto en la cabeza. Unas veces funcionaba, aunque dando chispazos, mientras que otras veces sencillamente no conducía la electricidad. Así que tan pronto se le olvidaba caminar o hacer pis en el váter (había noches que se levantaba y lo hacía en el cajón de la mesilla), como, por el contrario, resolvía el jeroglífico más complicado del periódico y, animado por su hazaña, salía corriendo en busca del insecticida.

Sí, estaba obsesionado con el insecticida. No paraba de comprar botes de diferentes marcas, pues veía bichos por todas las esquinas y aprovechaba para fumigarlos mientras buscaba el tesoro.

Maldito tesoro, se quejaba la niña. A cuenta de él, acabó cerrando los armarios con llave para que el pirata los dejara tranquilos, con sus cosas dentro.

Analizando la situación, se alegró de no haber podido llevarle al neurólogo. Era un especialista y, por tanto, mucho más difícil de engañar que las funcionarias. Y es que, a falta de noticias de su madre, su única esperanza era el engaño. Debían hacer creer a las funcionarias que el abuelo había recuperado sus facultades, o al menos que no había perdido ninguna más. Sabía que era difícil, prácticamente imposible, si les visitaban en un momento en que el cable de su cabeza se encontrara suelto. Pero tenía un plan.

¿Qué plan?, preguntó el pirata intrigado.

¡Prepararnos para el examen!, respondió la cría entusiasmada.

Las funcionarias habían anunciado que le harían un examen y Maggie suponía que sería como los de la escuela: un control de los gordos, de fin de curso. Por eso, a partir de entonces, todas las tardes le sentaba en el salón a hacer sus propios deberes. Y tras comprobar que esto le venía bien para la memoria, le empezó a mandar ejercicios de su propia cosecha, sobre todo de matemáticas, que era la asignatura que mejor se le daba a ella.

Una vez acababan los deberes, apartaban la mesa y hacían media hora de gimnasia para que se mantuviera en forma y supiera dónde pisar. A veces incluso le colocaba obstáculos por el pasillo, que a la postre acabó funcionando como un circuito de habilidad, con todo tipo de objetos desperdigados por el suelo que entorpecían el paso.

Luego veían juntos un programa de televisión que echaban por el primer canal, en el que un muñeco de peluche explicaba las cosas que no se deben olvidar nunca, como la diferencia entre dentro y fuera y arriba y abajo. Podía resultar chocante preparar un examen con las lecciones de un peluche, pero es que Maggie sentía que su abuelo se estaba convirtiendo en un niño, poco menos que en su hermano pequeño.

Por último, para evitar despistes indeseados, cada mañana le dibujaba pensamientos coherentes en la frente y pegó un cartel en la nevera con una especie de diez mandamientos que le sirvieran de guía. El primero y fundamental era que tenía que ser formal y no decir tonterías jamás. El segundo, que, en el caso de que se le fuera el santo al cielo o no entendiera lo que estaba sucediendo a su alrededor, debía cerrar el pico y sonreír. Esa era la mejor forma de burlar las preguntas capciosas que en un momento dado podrían formularle las funcionarias. Por si las moscas, también le enseñó a salir de atolladeros con frases hechas del estilo de «¿Les apetece un café con pastitas?, ¿o quizá prefieren té?».

El tercer mandamiento era rotundo: le prohibía terminantemente cocinar solo, afeitarse solo y salir a la calle solo. Pero como no se fiaba de él, cuando marchaba a la escuela lo encerraba en casa y no respiraba hasta que estaba de vuelta y veía que no le había ocurrido nada. Curiosamente, era la primera vez que Maggie iba todos los días a clase sin rechistar, solo por no perderse los deberes que le mandaban. Y eso que, ahora sí, parecía estar malita de verdad: estornudaba sin parar y tenía unas ojeras terribles, probablemente debidas a la preocupación. El resto de los mandamientos los consideraba de menor importancia y los escribió en minúsculas.

Pasó el tiempo y al fin sonó el teléfono. Eran las funcionarias, quién si no. Avisaron de que se presentarían al día siguiente, a eso de las nueve de la mañana, y Maggie se puso a limpiar hasta por debajo del sofá para que lo hallaran todo reluciente. El pirata no la ayudó, estaba concentrado en la televisión, disfrutando de su personaje favorito: el Monstruo de las Galletas.

¡Vas a reventar!, le decía, ¡tonto, más que tonto!

Se le veía enfurruñado, es verdad, y en una de esas se levantó de la butaca para inspeccionar la parte de atrás de la tele, que estaba cubierta por una caja negra que abultaba mucho, y le gritó al monstruo:

¡Sal de ahí, petimetre! ¡He dicho que salgas!

Su enfado creció cuando la rana Gustavo se presentó en escena para retransmitir en directo la actuación de un coro de cerditos cantores que no hacían ni caso.

¡Callaos de una vez, gorrinos del demonio!

Y estalló en cólera con la llegada de los anuncios: comenzó a golpear la tele con la mano abierta y la cara roja. Maggie trató de calmarlo. Le dijo que ahí dentro no había nadie, que estaba hablando con peluches, personajes de mentiras, que había un nuevo mandamiento en la nevera que prohibía hablar con la televisión, que debía centrarse, que mañana era el día más importante de sus vidas. Pero el pirata no entraba en razón y el aparato dibujaba rayitas cada vez más gruesas con cada golpe.

Y ocurrió.

¡¡¡Tú cállate, que estás con ellos, puta!!!

El abuelo se había girado hacia Maggie con la mano en alto, esa mano enorme, curtida por toda una vida recogiendo aparejos. Ella nunca la había visto ahí, amenazándola, ni escuchado una palabra tan fea de su boca. Aquel no era su abuelo. Era otro abuelo. ¿Dónde está mi pirata?

Entonces, al leer el pánico en la mirada de su nieta, el hombre se desplomó y se echó a llorar en el suelo con lágrimas de bebé. Ella le tomó la mano, la misma que antes mantenía alzada, y se la llevó al corazón.

¿Qué ha pasado?, preguntó el abuelo al sentir sus latidos. ¿Qué he hecho?

De noche, el pobre continuaba sollozando en la cama. No podía olvidar lo que había hecho, aunque no lo recordara. La niña de la luna lo escuchaba desde su habitación con la frente apoyada en la pared, de rodillas, rota. Era la viva imagen de una alumna castigada en el rincón. Miraba sin mirar las flores descoloridas del papel de la pared. No sabía dónde posar sus lágrimas.

Y lo vio.

No era un rostro perfecto, ni mucho menos. Pero tenía ojos, flequillo, nariz e incluso un bigote de recadista que le arrancó media sonrisa. Sin saber por qué, cogió el estuche de las pinturas mágicas y le repasó las facciones. Pero no añadió un solo trazo. Todo estaba ahí. Los labios, por ejemplo, eran perfectos, no necesitaron de su mano para hacerlos más evidentes. Esbozaban una sonrisa todavía más triste que la suya. Se alejó para contemplar el resultado y se sorprendió. Aquella mancha en la pared era una cara fantasmagórica, sí, pero hermosísima, infinitamente más bonita que la que nunca realizaría ella. Y la había pintado la humedad.

Miró al espectro a los ojos, no a las antenas, sino a los mismísimos ojos, y le habló. Aunque no lo hizo como el abuelo al Monstruo de las Galletas, sino como a un amigo. Le abrió su alma.

Hola, yo me llamo Maggie. ¿Y tú?

¿No contestas?

Ah, claro, los fantasmas de las paredes no hablan con personas.

Pero ¿me dejas que te hable yo?

Es que lo necesito...

Si no dices nada, es que no te importa, ¿vale?

Muchas gracias, fantasma.

¿Sabes qué?, la culpa ha sido mía porque he puesto Barrio Sésamo en vez del Telediario.

El Telediario es lo que más le gusta al abuelo.

Tenías que haberle conocido antes.

Es el mejor abuelo del mundo, pero no se acuerda.

Jo, si la maestra se entera de que estoy hablando contigo, igual se enfada también.

Pero tú no eres una amiga invisible. Eres chico, tienes bigote...

¿Te cuento una cosa?

Es un secreto.

El abuelo dice que mi ama no me abandonó.

Dice que tuvo que marcharse porque es una sirena.

Sí, una sirena.

Y ninguna sirena puede aguantar mucho tiempo fuera del agua. Se ahogan.

Pero dice que todas las sirenas regresan algún día y que mi ama lo hará pronto.

Está seguro porque le escribió una carta desde el mar en la que ponía cuándo.

Pero se le ha olvidado la fecha.

Ya, yo también creo que mi abuelo cuenta muchas mentiras.

Según él, las sirenas no salen en las fotos.

Les pasa como a ti, como a los fantasmas, que nadie los ve.

¿Sabes?...

Las sirenas no existen.

Pero a mí me gustaría que mi ama fuera una sirena.

CAPÍTULO 5

EL CUCHILLO

El día del examen amaneció lloviendo a mares, como era costumbre en Bilbao siempre que se celebraba un evento importante. La casa de Maggie crujía por el azote del temporal, y el barrio entero, el más antiguo de la ciudad, parecía venirse abajo.

Entre los silbidos del viento sonó de pronto la música del radiodespertador del abuelo, y unos numeritos verdes parpadearon avisando de que acababan de dar las siete y media de la mañana. Maggie abrazó al pirata; había dormido a los pies de su cama para velar su sueño. Contemplaron la lluvia a través de la ventana y decidieron permanecer un ratito más al calor de las mantas, remoloneando.

A las ocho, la voz seria de un locutor interrumpió la música con el parte informativo y la niña fue a ducharse mientras el abuelo escuchaba las noticias. Habían muerto más personas, muchos otros sufrían. Sí, vivían en el país de las noticias tristes. Cuando terminó el parte, ayudó al pirata a bañarse. Le fregoteó la espalda, las orejas, todo, pues quería que causara buena impresión a las funcionarias. Lo peinó a su gusto, con raya en medio, le recortó los pelos de la nariz y le contorneó la barba con la navaja de afeitar. Luego eligió una corbata elegante y dijo:

El nudo te lo tendrás que hacer tú, aitite.

Y esta última palabra, una de las pocas que de vez en cuando empleaba la niña en euskera y que significa *abuelo*, simplemente eso, cambió el humor de la mañana.

¡Te tengo dicho que no me llames aitite!, la regañó. ¡Te van a oír!

Maggie se estremeció. Supuso que se refería a los peluches de la televisión y, para no seguirle la corriente, se apañó con la corbata ella sola. Pero como no tenía ni idea de realizar nudos, le hizo una lazada de cordón de zapato. Aunque el pirata no protestó, le apartó las manos y se asomó al pasillo.

Creo que están en el salón, susurró. ¿No los oyes?

En el salón no hay nadie, abuelo. Todavía falta un cuarto de hora para que lleguen las funcionarias.

No, no son las funcionarias. Son hombres.

Serán los vecinos. No te preocupes.

No, tampoco son los vecinos. Son dos desconocidos. ¡Están hablando de mí!

¿Qué?

¡¡¡Vamos, Maggie, corre, corre, corre, corre, que vienen a por nosotros!!!

Intentó detenerlo, pero el abuelo era muy fuerte y la arrastró al baño, echó el pestillo y clavó la mirada en el pomo de la puerta sosteniendo en alto un cuchillo. La niña fue a preguntar de dónde lo había sacado, pero él le tapó la boca y la colocó a su espalda para protegerla. Entonces escucharon, apreciaron hasta el sonido más leve de la mañana: el aleteo de una mosca, el ruido de una cisterna, el llanto de un bebé y de nuevo la mosca, que se posó justamente en el pomo. Y ese silencio, el que llegó cuando la mosca dejó de batir sus alas, hizo dudar a la cría; pensó en la posibilidad de que realmente hubiera alguien al otro lado de la puerta esperando el momento oportuno para atacar. El cuchillo temblaba más y más conforme pasaban los segundos, hasta que sonó una alarma en la calle y el abuelo gritó:

¡¡¡Es la sirena de aviso, los tenemos encima!!!

Aterrado, se encaramó a la ventana y trató de cruzar el patio agarrándose a las cuerdas de tender la ropa. Maggie lo sujetó por las piernas cuando ya tenía casi todo el cuerpo fuera, suspendido en el vacío. Eran tres pisos de altura y las cuerdas vibraban en sus manos por la tensión, chirriaban, se deshilachaban. Retrocedió al comprender que iban a romperse, pero lejos de tranquilizarse, tomó carrerilla y derribó la puerta del baño embistiéndola con el hombro. El pomo saltó por los aires y Maggie voló cogida de su brazo hasta la entrada, hasta el descansillo, por la escalera, hasta el portal, por la calle, entre el tráfico, y oyó golpes, el abuelo golpeaba los coches para detenerlos. Aporreó un Dos Caballos, un Supermirafiori y un Talbot Horizon y se estrelló contra la luna de una furgoneta de la policía municipal. La niña se había soltado a la altura del Supermirafiori, aunque desde su posición veía perfectamente el filo del cuchillo reflejado en la mirada de los guardias, que permanecían atónitos en el interior de la furgoneta escuchando aquel galimatías que resonaba por toda la calle.

¡¡¡Los hombres de oscuro, son los hombres de oscuro, por favor, ayúdenos, vienen a por nosotros!!!

Se produjo un frenazo, seguido de un choque en cadena, y empezaron a caer pedacitos de cristal confundidos entre la lluvia. Sonaba un claxon ininterrumpidamente y los conductores implicados en el accidente se insultaban ahora delante de los agentes, que continuaban sin atreverse a salir.

¡Gilipollas, no has visto que el tráfico está parado!

Maggie aprovechó la confusión para arrebatarse el cuchillo al abuelo y lo empujó calle abajo. Se lo llevó corriendo entre el aguacero y las voces de los guardias, que le ordenaban detenerse. Doblaron la esquina y al pirata le flaquearon las piernas, otra vez caminaba con pies ciegos, tanteando el asfalto como si fuera niebla. Maggie lo llevó a rastras y, al llegar al portal, vio acercarse a las funcionarias por la otra acera y el corazón le dio un vuelco. Tiró de él escaleras arriba con desesperación, pero tropezaban y caían a cada paso. Se le empañaron los ojos por la impotencia, imaginaba lo que ocurriría si las funcionarias los alcanzaban. Y, entre las lágrimas, se presentó una sonrisa, la del vecino de arriba, el que era más tonto que un zapato, que apoyó su espalda contra la del pirata y, sin decir ni mu, lo fue alzando peldaño a peldaño, a golpe de riñón, hasta la primera, hasta la segunda planta, y a solo unos metros de la salvación, percibieron el eco de los tacones de las funcionarias martilleando el suelo. Estaban ahí, a la vuelta del descansillo. Maggie peleaba con la llave, no atinaba a introducirla en la cerradura y, cuando ya olía el perfume de las funcionarias, el insoportable aroma a rosas que se le quedó grabado el día de su primera visita, la llave giró, entraron en casa y cerraron de un portazo.

Hasta el abuelo contuvo la respiración al ver que su nieta aguardaba junto a la puerta temblando de miedo, y eso que no era consciente de nada. El vecino preguntó por lo bajines qué pasaba y Maggie se puso muy roja. Nunca hablaba con chicos.

Sonó el timbre. Lo hizo varias veces. La última se alargó durante más de un minuto y estuvo acompañada de comentarios de las funcionarias que no pudieron entender debido al escándalo del timbre. Cuando cesó, asomó una nota por debajo de la puerta y sintieron cómo se alejaban los tacones por las escaleras.

Pero ¿qué es lo que pasa?, insistió el vecino.

Maggie no respondió. Parecía pensativa. De pronto se le ocurrió algo; rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y le entregó un papelito muy bien doblado. Luego se tapó la cara con las manos y, mirándole a las antenas por entre los dedos, le preguntó:

¿Sabes qué es esto?

El vecino desenvolvió el papel y examinó el cartoncito azul que halló en su interior.

No sé, confesó rascándose la coronilla. Pero me da que es droga.

¿Droga?, se sorprendió Maggie. ¿La droga es así?

Bueno, yo no entiendo de drogas, pero en el barrio se la pasan envuelta en papelitos como este. Pero, oye, ¿por qué te tapas la cara? ¿Tienes un grano o qué?

Entonces el pirata pensó que el vecino se estaba metiendo con su nieta, que por descontado no tenía granos ni espinillas, y le vació un bote de insecticida en los morros. El chaval se quedó pasmado. No se atrevió ni a estornudar. Marchó a su casa con el culo prieto.

CAPÍTULO 6

LAS LÁGRIMAS DE LA PARED

Tú tampoco lo crees, ¿verdad, fantasma? No es droga. Mi ama no tenía droga escondida. ¡A que no! Ella no es una yanqui. Es una sirena. Quiero que sea una sirena...

Maggie compartía sus miedos con el fantasma mientras el teléfono no paraba de sonar y sonar. Eran las funcionarias, sin duda. Intentó abstraerse de las llamadas dibujando. Se sentó en el suelo con la espalda contra la pared y esbozó a lápiz un cuadro, una nueva imagen que los protegiera.

No dejaré que se lleven al abuelo, musitó. Nos esconderemos aquí, en casa.

Cuando terminó con el lápiz, eligió cuidadosamente las pinturas con las que iba a trabajar, pues estaba convencida de que la consecución de los milagros no depende únicamente de la calidad del dibujo, de la perfección con que plasmes tus deseos sobre el papel, sino también de los colores, de su combinación mágica. Y estando sumida en esas reflexiones de artista, una voz de niño, tierna y suave como las de las películas de hadas, le susurró al oído:

No te preocupes, Maggie. Todo saldrá bien.

Las pinturas se le cayeron de las manos. ¡La voz había salido de la pared! Aunque, tras el susto inicial, supuso que aquellas palabras solo eran las que necesitaba escuchar y por eso habían resonado en su cabeza con tanta viveza. Pegó la oreja al tabique para comprobar que efectivamente habían sido imaginaciones suyas y sintió algo extraño, como si la pared fuera el pecho de una persona. Le pareció oír latidos. Su cadencia era pausada, todavía más lenta que la del corazón del pirata cuando dormía. Percibió incluso una respiración. Aspiraba, espiraba. Pero de repente aspiró con fuerza y la voz dijo:

Yo te ayudaré, Maggie.

La niña se puso en pie como un resorte y retrocedió con las manos sobre la boca. No pudo gritar. La cara, aquella cara espectral creada por la humedad, la miraba fijamente con sus ojos de moho. Eran verdes, muy profundos.

¿Quién habla?, preguntó.

Acércate, le invitó la voz.

No, no, no, no, no quiero acercarme.

En esos instantes pasaban mil cosas por su mente, pero la más importante de todas, la que la volvía loca, era que al otro lado de ese tabique no vivía nadie. El piso contiguo estaba deshabitado desde hacía años. Nunca había salido de aquella casa una sola palabra, prácticamente ni un ruido, a lo sumo el producido por los ratones, que seguramente campaban a sus anchas en su interior.

¿Eres tú? ¿El fantasma de la pared?

Sí, supongo que soy un fantasma.

¿Y qué haces ahí?

No sé. Pero acércate, que casi no te oigo.

Es que me das miedo.

No tengas miedo. Yo también estoy triste.

¿Sí, estás triste?, se interesó la cría.

Mucho. Los fantasmas siempre estamos solos, se lamentó el espectro. Y se echó a llorar.

Entonces Maggie se compadeció de él y se fue acercando a poquitos, con cautela, pasito a pasito, y se arrodilló a su lado. Acercó los labios a su oreja derecha, bueno, a lo que daba la impresión de ser su oreja derecha, y el llanto del fantasma se calmó cuando dijo:

¿Quieres ser mi amigo invisible de verdad?

El castillo (invierno, 1984)



Aquel día Maggie convirtió su casa en un castillo para que las funcionarias no pudieran entrar en él. Pero realizó el castillo a su manera, sin arqueros en las almenas ni cocodrilos en el foso. Ella era incapaz de defenderse, y mucho menos haciendo daño. Pintó su mundo protegido por una gran ola de colores. Era el cielo, el universo entero estirado por la luna, que bajó a ayudarla. Al acabar el cuadro, escuchó los colores de la ola. Pocos lo saben, pero los colores suenan. Y entendió que todo estaba bien. Oía música.

CAPÍTULO 7



LA FIRMA DEL ABUELO

A la mañana siguiente, Maggie se entretenía en clase pensando cómo poner remedio a la tristeza del fantasma. Se le ocurrió que quizá podría curvarle los extremos de la boca hacia arriba, solo un poquito, lo suficiente para que esbozara una sonrisa en condiciones. Ella hacía algo parecido cuando se sentía mal: forzaba la sonrisa frente al espejo. Era una sonrisa de mentiras, sí, y muy exagerada, pero es que sabía que se le iría borrando de los labios conforme pasaran las horas. Aprendió a alegrarse sin motivo en la época en que sus compañeras le pegaban.

Escuchó su nombre: ¡Maggie Ugartechea McLean!

No era la maestra quien la llamaba, sino una voz de hombre. Alzó la cabecita y a pocas se desmaya: ¡las funcionarias estaban en la puerta del aula junto al director del colegio, que la señalaba con el dedo!

Maggie, por favor, acércate; estas señoras quieren hablar contigo.

Se levantó de la silla y fue arrastrando la mirada por el abismo que se abría a sus pies. Lo dio todo por perdido. La luna se desmoronaba. Pero, al llegar a la puerta, vio una pequeña luz, un huequecillo entre las piernas de las funcionarias, y se coló por él, cruzó el patio, saltó la valla y no paró de correr hasta que entró en casa y echó el cerrojo del castillo. Encontró al pirata fumigando la cocina y, antes de que advirtiera su presencia, recogió todos los cuchillos y los escondió en el cesto de la ropa sucia, por si acaso.

¿Qué haces, abuelo?, preguntó jadeando por la carrera, aunque más tranquila tras haber dejado atrás el peligro, de momento.

Pues mira, hija, estos bichos, que no me dejan vivir. ¡No veas la que han preparado hoy!

El pirata le relató con todo lujo de detalles y aspavientos lo que había ocurrido en su ausencia. De no creer. Estaba leyendo el periódico cuando sintió un zumbido en la oreja. En principio no le prestó atención, estaba harto de esos malditos y había decidido no hacerles caso por mucho que revolotearan a su alrededor. Pero en apenas segundos, el zumbido se convirtió

en el rumor de un enjambre y, para cuando quiso reaccionar, ya era tarde: el techo estaba cubierto de bichos que se precipitaban sobre él en paracaídas. Iban perfectamente uniformados, con gafas y chaquetones de cuero. Se refugió bajo la cama y los oyó cantar.

Abuelo, ¿qué estás contando? Eso no es verdad.

¡Cómo que no! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

¡Pero si no paras de echar insecticida: es imposible que haya ningún bicho!

¡Que te crees tú eso! Ahora andan ahí arriba, en la lámpara.

Es tu imaginación, abuelo.

Pero, bueno, ¿me estás diciendo que no los ves? ¡Mira cómo bailan!

Que no, abuelo, que no. Solo los ves tú. Es por tu enfermedad.

¿Qué enfermedad?

Llegó la hora de comer y, agotados de discutir sobre bichos y pamplinas, abrieron la nevera y la hallaron vacía. Tampoco les quedaba dinero en la cartera para encargarse unos bocadillos en el bar de la esquina y bajaron al banco antes de que lo cerraran. Tardaron lo suyo. El abuelo ya no solo caminaba tanteando el aire con los pies por delante, sino que además llevaba los brazos extendidos hacia lo invisible, con lo que se movía al estilo del monstruo de Frankenstein y la gente lo miraba como a un loco. Estaba claro que lo primero que debían hacer nada más salir del banco era comprar una silla de ruedas para desplazarse con facilidad y no llamar tanto la atención. Ahora eran fugitivos.

Entraron en el banco cuando ya echaban la persiana y el empleado de turno, antes de darles su dinero, le pidió al abuelo que firmara un comprobante. Maggie acercó la nariz al papel, pues le encantaba verle firmar: adornaba sus iniciales con un garabato muy mono en forma de ancla. Sin embargo, cuando tomó la pluma, en lugar del ancla dibujó un barquito con un palo, una vela y un nombre en popa: «Aingerutxu».

El banquero, impasible, comparó el barquito con la firma que aparecía en su carnet de identidad y dijo que no coincidían. No podía entregarles el dinero.

¡Pero si es de él, nos lo tiene que dar!, protestó la niña.

El abuelo, entretanto, que había advertido el problema generado con su firma, lo intentaba de nuevo. Aunque esta vez le puso más empeño y añadió

otra embarcación frente al barquito: un buque de guerra repleto de cañones y ametralladoras.

Tampoco coincide, constató el banquero. Por favor, retírense, hay clientes esperando.

Se giraron, pero no vieron a nadie. Y fruto de la necesidad, Maggie soltó la frase más larga que había pronunciado nunca, al menos ante un desconocido.

¡Pero mire la foto del carnet, es él, se le ha olvidado firmar pero es él, y tenemos que pagar muchas cosas, la comida, la luz, el agua, la silla de ruedas; si no nos da el dinero, no podremos pagar esas cosas y al final nos separarán; por favor, es su dinero, es su dinero, nos hace falta!

Los gastos corrientes, aclaró el banquero con frialdad, se gestionan automáticamente a través de la entidad. Si es por la luz y el agua, no deben preocuparse. Pero para sacar efectivo necesitamos la firma del titular de la cuenta, la correcta. Háganse a un lado. Siguiendo, por favor.

Entonces el pirata rugió como un león:

¡Esto no se va a quedar así, me ha robado y ahora mismo voy a ir al hogar del jubilado y se va a enterar! ¡Chingalapas, no es usted más que un chingalapas!

El viejo se sulfuraba cada vez que repetía lo de *chingalapas*, que era el insulto más grave y salido de tono que era capaz de proferir. Y, temiendo que le diera un soponcio, Maggie trató de convencerlo de que lo dejara; no merecía la pena, no iban a conseguir nada de ese señor: no tenía corazón.

Y volvió a suceder.

¡Tú, renacuajo, mejor estás calladita! ¡Qué te crees, que no me entero de que me sisas billetes de la cartera en cuanto me doy la vuelta! ¡Eres tan ladrona como el chingalapas, sinvergüenza!

Le flaquearon las piernas, pero ya había aprendido a manejar esa situación. Tomó la mano del anciano que tenía delante, que en ese instante no era su abuelo, sino un pobre enfermo, y se la llevó al pecho. El pirata sintió sus latidos y, luego, cómo le guiaba la mano por el pelo, por la frente, por sus mejillas. Volvió en sí. ¡Aquella niña era su nieta! La abrazó como el oso que era y se dejó llevar de vuelta al castillo, andando a lo Frankenstein. Parecían dos monstruos desamparados camino de ninguna parte y, tras un largo silencio, el abuelo se acordó del tesoro.

Hay que encontrarlo, hija. Es un cofre lleno de dinero. Nos arreglaremos con eso.

Jo, abuelo, ya vale: ese tesoro no existe. ¿Qué es lo que te he dicho antes?

Es que no lo entiendo... ¿De verdad que veo cosas que no son?

Sí.

¿Y cómo puedo diferenciarlas de las que sí son?

No sé.

¡Pues estamos apaños!

Espera, ya tengo la solución: todo lo que te parezca raro, pero muy muy raro, no es verdad.

¡Cómo que lo que me parezca muy muy raro!

Sí, lo que te parezca muy muy raro seguramente no esté pasando en realidad. Será una alucinación de las tuyas. Y lo que te parezca normal, sí.

Pero, hija, es que el tesoro es normal: ¡lo escondí yo, lo recuerdo perfectamente! Y creo que dentro está mi memoria.

CAPÍTULO 8

LOS CONSEJOS DEL FANTASMA

Llegó la noche y, cuando la luna se asomó entre las montañas y pintó la habitación de Maggie con su luz de plata, el fantasma volvió a hablar. Conversaron hasta bien entrada la madrugada. Compartieron muchos secretos, en su mayoría tristes, y la niña se durmió con la cabecita apoyada en su amigo el tabique. Lo último que le confesó antes de caer rendida fue que ya no tenían dinero, y el fantasma, que era de grandes ideas, le aconsejó vender clínex en los semáforos para sacarse unas monedas, como hacen los pobres.

Es verdad, ahora somos pobres, se lamentó ella apesadumbrada.

¡Oh, Maggie, lo siento!, suspiró el fantasma. Pero no pasa nada. Lo importante es que aproveches bien lo que ganes con los clínex y compres muchas latas de alubias, que son baratas y vienen ya hechas. ¡Porque, claro, no tendrás ni idea de cocinar!

Oye, ¿sabes que eres un fantasma muy raro?, le espetó la niña a la pared.

¿Tú crees?

Sí, dices unas cosas muy extrañas. Pero eres gracioso.

Vaya, es la primera vez en mi vida que me llaman gracioso. ¿Ya no te doy miedo o qué?

Bueno, un poquito menos.

Me alegro. Escucha, se me acaba de ocurrir otra idea: si el cartoncito azul al final es droga y eso, igual no es tan malo como piensas. Puede tratarse de una pista. Quizá algún drogadicto sepa algo de tu madre y esté dispuesto a ayudarte. ¿Conoces a alguno?

La sirena (invierno, 1984)



Después de muchos intentos, Maggie logró dibujar el rostro de su ama. Pero como no estaba segura de si era una sirena o una madre normal, y debía ser fiel a la realidad para no poner en peligro el milagro, la retrató con el cuerpo sumergido en el agua. Así no se veía si tenía piernas o una aleta llena de escamas como los peces.

CAPÍTULO 9

EL SEÑOR YANQUI

Al despuntar el alba, Maggie abandonó el castillo provista de la mejor sonrisa de mentiras que pudo forjar frente al espejo. No era muy allá, lo sabía; pero es que apenas había pegado ojo en toda la noche por culpa de los granos.

¡Claro que los tenía! Y le picaban un montón.

Le salieron haría unos quince días a consecuencia de los besos que le plantaba al abuelo en las barbas a cada momento. Y lo malo era que, aparte de molestos, poco a poco se le habían ido extendiendo de las mejillas hacia abajo y ahora tenía el cuerpo entero lleno de sarpullidos. Además, sudaba a mares. Aunque puede que esto último no fuera debido a la fiebre, sino a la peluca que se había encasquetado en la cabeza para que no la reconocieran.

Vagaba por la ciudad. Buscaba un semáforo con mucho tráfico. Al fin, dio con uno que consideró adecuado y recorrió la fila de coches que esperaban a que se pusiera en verde sintiendo que bajaba una escalera hacia el infierno. Se moría de vergüenza. Pero ningún conductor se apiadó de ella, ni entonces ni a lo largo de toda la mañana. En cuanto les ofrecía los clínex, era como si se volviera invisible. No la veían.

Desolada, se sentó en la acera a descansar y se fijó de nuevo en aquella silla de ruedas. Llevaba horas abandonada a la entrada de un ambulatorio que quedaba justo al otro lado de la calle. Probablemente la habían dispuesto allí para el caso de que se presentara algún paciente con problemas de movilidad.

Y Maggie, la inocente Maggie, la niña de la luna, no pudo reprimirse más: cruzó la calle y se convirtió en ladrona. Nunca se hubiera creído capaz, pero necesitaba la silla. La condujo al castillo perseguida por la culpa y montó al pirata en su barco. Sí, nada más sentarse, el abuelo se imaginó al mando de un barco con ruedas y guio a la cría entre la multitud con órdenes precisas:

¡A babor, grumete!, decía. ¡Todo a babor! ¡Ahora mantén el rumbo y aparta a ese cretino con el salabardo! ¡Espera, que ya lo hago yo!

Entonces asomaba el brazo por la borda y pellizcaba el culo a uno de los muchos peatones que les cortaban el paso con su indiferencia. Nadie se hacía

cargo de lo difícil que era moverse con una silla de ruedas por las estrechas calles de aquel Bilbao lejano. La ciudad estaba llena de baches, charcos y aceras que se alzaban como muros. Continuamente se veían obligados a retroceder ante la imposibilidad de salvar los obstáculos y a la postre no les quedó más remedio que aventurarse entre el tráfico como única manera de avanzar.

Maggie jadeaba por el esfuerzo. Se quitó la peluca y siguió empujando con denuedo mientras los retrovisores de los coches pasaban a toda velocidad a escasos centímetros de sus cabezas.

¡Ve por la esquinita, grumete, o destrozarán el Aingerutxu!, aulló el pirata, preocupado por su nave más que por su propia integridad. ¡Adónde demonios vamos con tanta prisa!

La niña apenas lo oía. Estaba alucinada, no hacían más que cruzarse con ancianos en sillas de ruedas que, al igual que ellos, se jugaban la vida por la calzada. ¿Estaban allí antes? ¿Por qué no había reparado en su presencia? ¿Acaso eran invisibles como los vendedores de clínex?

Se adentraron en una zona menos concurrida y la gente, que ahora advertía su llegada con tiempo, se hacía a un lado. Aunque algunos no se apartaban por educación, sino por no rozarse con la silla, como si la desgracia que representaba pudiera contagiarse. Se apreciaba en sus rostros. Su gesto era una mezcla de compasión y miedo que hería a la niña. El pirata, por el contrario, navegaba feliz, pues creía que era el Monstruo de las Galletas quien espantaba a los peatones.

¡Asusta a ese!, le señalaba. ¡Sí, al cura ese!

Maggie aminoró la marcha del barco y se detuvieron junto a un joven vestido con un chándal verde y muy mal aspecto. Tenía la constitución de un soplido, la cara surcada de pústulas y los brazos pintados con tatuajes y hematomas. Aunque, eso sí, a falta de salud, disfrutaba de buen apetito: comía un pastel a carrillos llenos.

¡Hola!, saludó con un poquito de merengue en la punta de la nariz. ¡Yo a ti te conozco: eres la niña que me dio un beso!

A Maggie le asombró que la recordara por algo tan simple como un beso y aprovechó su cercanía para mostrarle su secreto.

Señor Yanqui, preguntó sonrojada, ¿sabe si este cartoncito es droga?

¡Hombre, qué sorpresa, hacía años que no veía uno de los azules!, exclamó el joven arrancándoselo de la mano con ojos chispeantes. ¿De dónde lo has sacado?

Es de mi ama. Igual usted la conoce. Se llama Agnes.

¿Agnes?

Sí, Agnes, confirmó la niña con esperanza. Entonces, ¿la conoce?

No, es la primera vez que oigo ese nombre, zanjó el señor Yanqui echándole el humo a la cara mientras se metía el cartoncito bajo la manga. ¡Venga, largo de aquí!

Se le cayó la ilusión a los pies, y empujaba ya la silla de regreso al castillo, cuando escuchó de nuevo aquella voz aguardentosa a su espalda:

Oye, tú, ¿qué andas por ahí ofreciendo cartoncitos de esos? ¿Necesitas dinero o qué?

Sí. ¿Cómo lo sabe?

Porque yo lo sé todo. Espera un momento, que tal vez os pueda ayudar.

Se acercó con andares crecidos, anudándose el chándal por encima del ombligo, y le propuso un negocio por lo bajines. Era un trabajo sencillo, aseguró. Solo debían llevar un paquetito a un señor, recoger el sobre que les entregaría este a cambio y traérselo de vuelta. En su opinión, el abuelo y su silla formaban un equipo perfecto para realizar este tipo de encargos, mejor incluso que un mensajero en Vespa, ya que un anciano siempre es una garantía de seriedad.

Maggie lo escuchaba con atención, orgullosa de su abuelo, que al parecer era una especie de superrecadista, y casi se le saltan las lágrimas cuando le prometió que, si realizaban bien el trabajo, los recompensaría con generosidad. No obstante, le asaltó una duda y la expuso tartamudeando:

Pero, pero ese señor al que le tenemos que entregar el paquetito, ¿es yanqui como usted?

Lo preguntó porque, claro, lo que le interesaba en realidad de aquel negocio, más que la recompensa, era dar con alguien que les pudiera facilitar cualquier información sobre su madre.

Sí, ese señor es de todo; hasta yanqui si es preciso, respondió el joven rascándose el culo.

¿Y cómo lo reconoceré?

Por eso no te preocupes. Es inconfundible. Le llaman Chachachá, porque va con chaqueta, chándal y chancletas. Recuerda: Chachachá. Dile que vas de parte del Pisacolillas.

Entonces el señor Yanqui, alias el Pisacolillas, dejó de rascarse el culo y se sacó del calzoncillo el paquetito en cuestión, lo ocultó bajo el abrigo del abuelo y los despidió advirtiéndolos de que regresaran lo antes posible.

No hubo de esperar demasiado. No habría pisoteado ni tres colillas cuando ya estaban de vuelta y, agradecido, les encargó más recados, que

Maggie disfrutó de lo lindo. Aquello le parecía un juego. Los señores con los que se encontraban eran muy misteriosos y nunca le cogían el paquetito de la mano; le pedían que lo dejara en algún escondrijo, como por ejemplo debajo de una piedra, en una papelera e incluso en el interior de la cisterna del váter de un bar. Allí, en esos lugares tan curiosos, hallaba el sobre y regresaba canturreando, satisfecha tras haber cumplido con éxito la misión.

De esta forma, aquel día, que arrancó tristemente junto a un semáforo sin piedad, terminó sonriéndoles, pues el señor Yanqui los recompensó nada menos que con un billete de mil pesetas y los obsequió además con dos pasteles y un deseo: que pasaran una feliz Nochebuena.

Sí, era Nochebuena. Se oían villancicos a lo lejos.

Se despidieron prometiendo que regresarían (lamentablemente no habían averiguado nada sobre su madre) y se hicieron a la mar cuando ya oscurecía. El pirata permanecía pensativo en el puente de mando. Algo le rondaba la cabeza. Y al de un rato preguntó arrugando el entrecejo:

Perdona, hija, pero ese dinero, el que te ha dado el yanqui ese..., ¿es de verdad?

Sí, abuelo, es de verdad.

Pero eso es muy muy raro, ¿no?

Ya, pero estate tranquilo, que no es una alucinación. Coge el billete. ¿No ves? ¡Es real!

¿Y los pasteles? ¿Los pasteles también son de verdad? ¿Se pueden comer?

CAPÍTULO 10

LAS MANOS SUCIAS

Entraron en el supermercado del barrio con el dinero fresco y un hambre horrible, pues aparte de los pasteles, de los que dieron buena cuenta por el camino, no habían probado bocado en toda la jornada. Quizá por eso el abuelo se encontraba cada vez más ausente. Ya ni siquiera conversaba con el Monstruo de las Galletas y se agarraba a las estanterías como intentando que aquel día tan largo se detuviera al fin.

¡No seas malo!, le regañaba Maggie. ¡Venga, suéltate, que enseguida vamos para casa!

Le costó un triunfo llegar hasta la balda de las conservas, pero mereció la pena, ya que las latas de alubias estaban de oferta y pudo comprar suficientes para sobrevivir una buena temporada.

Luego, al salir del supermercado, hallaron la ciudad limpia, preciosa. Las luces de Navidad, que engalanaban las calles con una especie de coronas luminosas, se reflejaban en el suelo empapado por la lluvia y producían mil destellos. Pero faltaba algo, algo esencial: alegría. Otros años, por Nochebuena, el barrio hervía de vida, de cuadrillas y gente que compraba regalos a última hora. Sin embargo, en esta ocasión no se veía un alma. Solo unos niños jugaban a saltar charcos en una esquina.

Maggie apretó el paso, aquel silencio la inquietaba. O tal vez fuera el color de la noche. De manera inadvertida, el reflejo de las luces navideñas se había ido difuminando y ahora un solo tono, el azul, lo dominaba todo. Se trataba de un azul hipnótico; giraba sobre las fachadas de los edificios creando una atmósfera irreal, extraña. Se oyó el rumor grave de unos motores diésel que se aproximaban lentamente, como acechando, y la niña sintió un escalofrío. No era normal escuchar ese sonido en un barrio peatonal como aquel.

Entonces una persiana se cerró de golpe, los motores aceleraron y el mundo estalló por los aires. De repente había porras, disparos, barricadas, policías, encapuchados, golpes, sirenas, cócteles molotov, gritos de

independencia, un policía ardiendo, un joven reventado, una señora cargada con bolsas corriendo con la cabeza abierta y niños, aquellos niños saltacharcos, llorando en su esquina al ver la violencia desatada y cómo los regalos de la señora se hacían trizas bajo las ruedas de las camionetas de la policía.

Sí, todo el gentío que antes se echaba de menos había aparecido de la nada, salían de los bares y comercios con el pánico en la boca. Maggie huyó a ciegas, con los ojos abrasados debido a los gases lacrimógenos. Tosía pólvora mientras el pirata se enganchaba ahora a las farolas, a las papeleras, a los bolardos, a cualquier cosa que se hallara a su alcance. Empujados por la multitud, chocaron con un contenedor en llamas y después con una enorme barricada levantada con el material de una obra, tras la que se parapetaban cientos de manifestantes con el puño alzado. Las luces de las camionetas pintaron de nuevo el barrio de azul y Maggie maniobró con la silla hacia delante, hacia atrás, hacia los lados, sin encontrar salida a aquella jaula de miedo. Estaban atrapados entre los dos fuegos; los cohetes y las pelotas de goma silbaban a su alrededor, y el pirata, que por un momento despertó de su ausencia, reaccionó con pasmosa tranquilidad:

Hija, creo que lo mejor va a ser que pongamos un cañón en la proa del Aingerutxu.

Divagaba incluso acerca del calibre adecuado para ese cañón imaginario cuando una pelota de goma se detuvo a sus pies y olvidó lo que decía. Se entretuvo dándole vueltas. Tenía un agujerito en forma de estrella. Por lo demás, pensó que podía valer para jugar a pala.

Una línea de policías avanzaba hacia ellos disparando bajo la lluvia de piedras y las pelotas rebotaban en las paredes, multiplicando así las posibilidades de resultar alcanzados. Maggie quiso gritar, pedir ayuda, pero su garganta estaba seca. Desesperada, se le ocurrió ondear una bandera blanca y sacó el pañuelo del bolsillo. Entonces, en el mismo instante en que una pelota se lo arrancaba de la mano, un chico, el único que iba con el rostro descubierto en la barricada, apartó unos tablones y señaló con voz rota:

¡¡¡Rápido, por aquí!!!

Corrió hacia él, pero la silla tropezó con una piedra y las latas de alubias rodaron por el suelo junto a un bote de humo que soltaba lágrimas y peste. El chico lo alejó de un puntapié y se puso a perseguir las latas a cuatro patas, como un perro. ¡Era el vecino de arriba!

¡Vamos, vamos, no te detengas!, aulló el perro con la tripa llena. Se había metido las latas en el interior de la cazadora.

Se adelantó y fue apartando objetos para abrir camino a la silla. Doblaron una esquina, luego otra y otra más, y los disparos comenzaron a escucharse más lejanos, menos aterradores. Enfilaron la cuesta que conducía al castillo con un poquito más de calma y el vecino aprovechó la oportunidad para romper el hielo.

El otro día no nos presentamos, dijo. Yo me llamo Jon, ¿y tú?

Maggie no respondió. Siguió adelante con la mirada clavada en el cogote del abuelo.

¡Joé, pero no me vas a hablar o qué!, protestó el chico.

Maggie recapacitó. Era injusto tratarle así después de lo que había hecho por ellos.

Vale, balbuceó. Pero si te das la vuelta.

¡Cómo! ¿Quieres que me ponga de espaldas?

Sí.

¿Y eso por qué?

Es que me da vergüenza.

¿El qué? ¿Hablar-me?

Sí.

¡Ah, ya entiendo: eres tímida! ¡Por eso el otro día te tapabas la cara!... Pues ¿sabes qué?, yo pensaba que eras muda, porque nunca saludas y eso. A mí no me gusta la gente que no saluda. Pero, claro, si eres tímida, es diferente. No lo haces aposta. Lo sé porque tengo un amigo que es muy vergonzoso y a todo el mundo le cae fatal. Dicen que es un asqueroso. Pero lo que pasa es que, cuando la gente se queda esperando que diga algo, él se pone nervioso y echa un lapo para disimular... Ya, hablo mucho, ¿verdad? Dice mi madre que soy un pesao. Pero al menos siempre saludo.

El vecino contó todo esto caminando de costadillo. Parecía uno de esos futbolistas que calientan en la banda de espaldas al público.

Maggie se fijó en él. No, no es que le mirase el culo, ni muchísimo menos. Ella no era de esas. Pero le llamaban la atención sus piernas. Las tenía flacas, muy largas, lo que contrastaba tremendamente con el tamaño de su cabeza, demasiado pequeña en comparación con su altura. Cualquiera diría que le habían hecho crecer a la fuerza tirándole del pescuezo. Su madre llevaba razón: no callaba.

¿Sabes lo que creo?, que lo de taparse la cara es de niños pequeños.

No, no es de niños pequeños, se defendió Maggie. Lo hace mucha gente.

Pues yo no conozco a nadie que lo haga.

Tú porque no sabes.

Oye, ¿me puedo dar la vuelta ya?

No.

¡Jolín, cómo eres! Y tu abuelo, ¿por qué está así? ¿Qué le pasa?

No le pasa nada.

Sí que le pasa algo. Mira, se le cae la baba.

Habían llegado al portal del castillo. Guardaron la silla en la antigua garita del portero y se disponían a cargar con el pirata escaleras arriba cuando apareció la madre del vecino y se plantó delante con los brazos en jarras. No saludó. Se dirigió directamente a su hijo y le pidió que le enseñara las manos.

El chaval se las mostró con la cabeza gacha. Estaban sucias.

Has estado tirando piedras, ¿verdad?!

¡No, ama, no, te juro que no he tirado ni una sola! ¡Las tengo sucias porque les he ayudado a pasar con la silla por las barricadas y...!

Un día de estos me vas a matar, hijo, me vas a matar. Ya no sé qué hacer contigo. Terminarás como tu padre.

CAPÍTULO 11

LOS CELOS DEL FANTASMA

Las alubias le sentaron bien al abuelo, aunque estaba tan cansado que se quedó dormido con la cuchara en la boca. Maggie lo acostó sin demora y luego se asomó a la ventana para respirar aire fresco. No había luna en el cielo y, gracias a eso, a lo cerrado de la noche, vio la ciudad como nunca antes la había visto: llena de hogares. Cada una de aquellas luces, que conformaban edificios invisibles, era una familia sentada en torno a una mesa de Nochebuena. Imaginó lo que sería celebrar la Navidad con hermanos, primos, tíos, padres..., y se sintió un poquito triste.

Hola, fantasma, saludó. ¿Quieres que te cuente una cosa?

Claro, respondió la pared. ¿Qué cosa?

Hoy he hablado con un chico.

¡¡¡Cómo!!!, tronó la pared. ¿Estás loca o qué?

Pero ¿por qué te enfadas, fantasma?

¡Pues por qué me voy a enfadar! ¡Porque eso está muy mal!

¿El qué está muy mal?

Pues que vayas por ahí haciéndote amiga del primer desconocido que te encuentras por la calle.

¡Pero si no es un desconocido: es el vecino de arriba! Seguro que te acuerdas de él. Estuvo en casa hace poco.

¡Qué! ¡¿Encima lo has traído aquí y no me habías dicho nada?!

Jo, no te pongas así, fantasma. Si lo conocieras, seguro que te caería bien.

¡No, de ninguna manera me caería bien!

Que sí. Y he pensado que igual nos puede ayudar.

¡No, ni se te ocurra contarle nada, Maggie!

Pero ¿por qué? Si es muy majo.

Ya, todos los chicos parecen majos al principio, pero en el fondo son malos. En cuanto te descuides, te hará daño, ya verás. No te fíes de nadie, Maggie. Solo de mí. Prométeme que a partir de ahora solo hablarás conmigo.

CAPÍTULO 12

¿QUÉ ME PASA?

Maggie acariciaba al abuelo mientras dormía. Pocos lo aprecian, pero la piel de los ancianos es como la de los bebés, muy suave, sobre todo la que les cuelga de los antebrazos. Ese pellejito, que parece que les sobra pero en realidad no, está ahí para tocarlo y pensar cuántas cosas habrán realizado aquellos brazos a lo largo de su vida.

Además de su piel, le encantaba su aroma. No olía a viejo, sino a salitre y a recuerdos. Aunque se le escapaban muchos matices, pues ninguna nariz es lo suficientemente fina como para captar tanta bondad. Lo sabía.

Mientras lo olisqueaba, el sol se coló por la persiana y pintó a rayas la habitación; y uno de esos haces de luz, el más intenso de todos, despertó al pirata iluminándolo con una sonrisa.

Entonces se levantaron a desayunar y Maggie soñó con un café con leche y también con galletas, madalenas y un poquito de mantequilla. Necesitaba echarse a la boca algo diferente: llevaban tres días comiendo únicamente alubias y se le revolvía el estómago solo de pensar en ellas.

El abuelo, por su parte, apuró su lata tan contento, relamiéndose incluso, y al bajar la vista para contemplar la carrera de una cucaracha que cruzó la cocina, se asustó de su sombra. Sí, de su propia sombra. No la reconocía. Y eso que, como siempre, llevaba puesta la chapela y su figura era inconfundible.

Se agachó para palparla y se tranquilizó. Aparentemente, aquella sombra no suponía ningún peligro: su tacto era frío, inerte, sin vida. Pero ¿qué hacía ahí, observándolo desde el suelo? ¿Por qué no le dejaba almorzar en paz?

Sonó el timbre y Maggie se preguntó quién sería tan temprano. Por precaución, se encaminó a la puerta descalza, para meter el menor ruido posible, cuando escuchó una voz autoritaria:

¡¡¡Abran, abran inmediatamente a la policía municipal!!!

Retrocedió espantada y chocó contra el abuelo, que la había seguido para no quedarse a solas con su sombra.

¿Son ellos?, preguntó.

Era difícil determinar a quién se refería con lo de «ellos»; si a los peluches de la televisión, a los hombres de oscuro o a cualquier otro protagonista de sus pesadillas diarias. Así que no supo qué contestar. Tampoco se atrevió a echar una ojeada por la mirilla, pues temía que le vieran el ojo a través del cristalito. Se limitó a escuchar con la oreja pegada a la puerta. Había varias personas conversando al otro lado; distinguió al menos cuatro voces diferentes, entre las que reconoció las de las funcionarias, que recriminaban al policía el tono empleado. Le advertían de que, a base de órdenes, no iban a lograr nada, solo que se sintieran acosados.

¿Son ellos?, insistió el pirata.

Sí, abuelo, son ellos, confirmó esta vez la cría para que dejara de preguntar. Aunque consiguió justo lo contrario.

Entonces, ¿son reales? ¿Son de verdad de verdad? ¿Han venido a por nosotros?

Que sí, abuelo, que sí. Pero cállate, que te van a oír.

¡¡¿Y qué quieren?!!

No, no, no, no, no, no grites.

¡¡¡Qué es lo que quieren de mí ahora, si no soy más que un viejo!!!

El pobre temblaba de pies a cabeza y se lanzó a aporrear la puerta con los puños, con el alma, con todas sus fuerzas, hasta que patinó en un charquito que se había formado en torno a sus zapatillas y cayó al suelo con gran estrépito. Lloraba, el abuelo del mundo lloraba tendido sobre su propio pis, y Maggie supuso que se habría roto algo, quizá la cadera. Se sintió culpable. Era ella quien lo había atemorizado para que guardara silencio y empezó a encontrarse fatal: su boca estaba seca, le pitaban los oídos, su corazón palpitaba, se ahogaba, no le entraba aire en los pulmones, se arrodilló, se creyó morir.

¡¡¡Por el amor de Dios, dejen a mi nieta!!!, rogó el pirata al verla tirada junto a él, pálida y fría como su sombra. ¡¡¡No sean cobardes, vengan a por mí!!!

Entonces la voz de una de las funcionarias atravesó la puerta:

Maggie, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

Sus jadeos le sirvieron de respuesta.

Venga, cariño, respira, respira con tranquilidad, lo más lento que te sea posible. Escucha: creo que estás sufriendo un ataque de ansiedad, lo que no es extraño teniendo en cuenta por lo que estás pasando. Pero no te asustes; si

haces lo que te digo enseguida te encontrarás mejor. Ya has padecido ataques como este en otras ocasiones, ¿verdad?

¡¡¡Déjenla en paz, ya me arruinaron la vida a mí!!! ¡¡¿No tienen suficiente?!!

Procura calmarte, cariño, continuó la mujer sin hacer caso al pirata. Tumbate boca arriba y respira hondo, hinchando la tripa como si fuera un globo. Así, así; oigo tu respiración y lo estás haciendo genial. Ahora suelta el aire por la boca, muy poco a poco, y en cuanto te sientas con fuerzas, incorpórate y abre la puerta. No tengas miedo, solo queremos ayudarte. Tu abuelo va a estar bien, ya verás. Lo visitarás cuando te apetezca, todos los días si es preciso. Pero ya no puedes hacerte cargo de él: necesita muchos cuidados y sería demasiado incluso para un adulto. Por eso te ahogas, Maggie.

¡¡¡Pregúntenle a Franco, él se lo dirá, yo ya cumplí mi pena!!! ¡¡¡Cuándo van a terminar con esto!!!

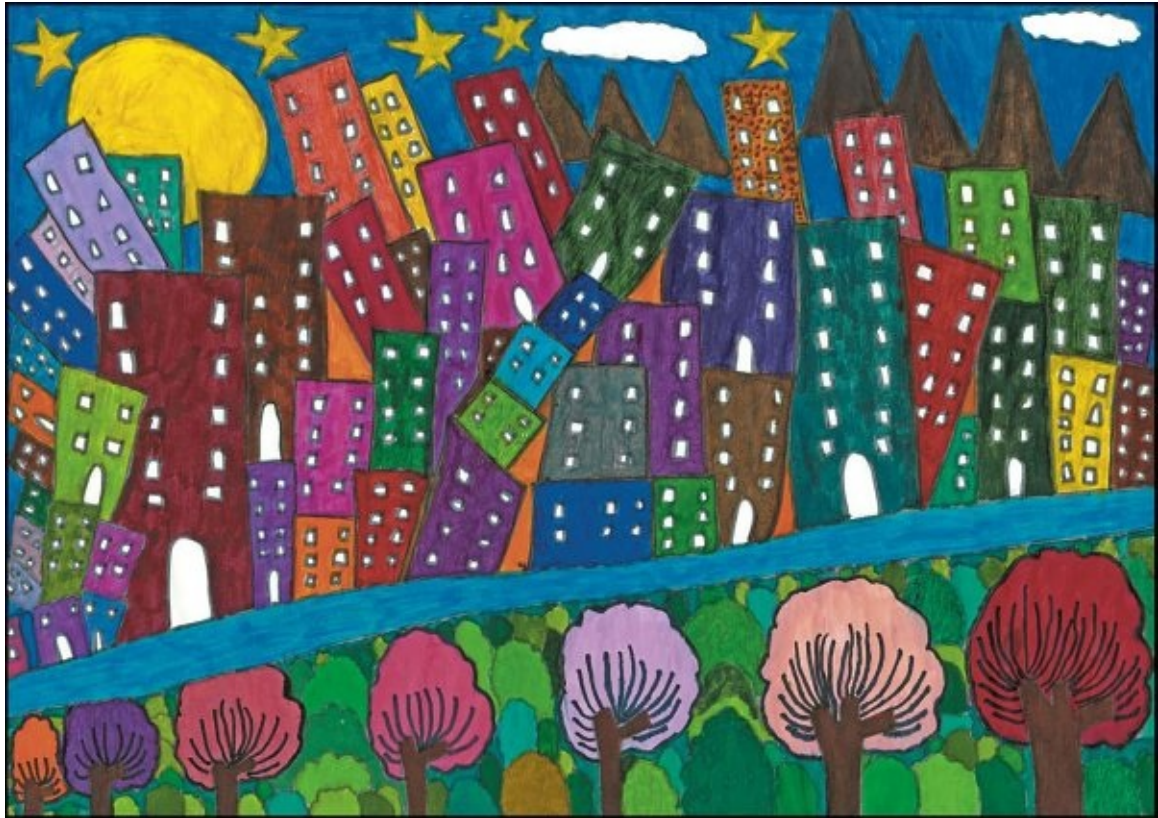
Hija, te lo pido por favor, abre, no nos obligues a tomar otro tipo de medidas. Has de pensar en ti, en tu futuro. Estás repitiendo curso por segunda vez consecutiva y vas camino de dejar los estudios. No puedes seguir escondiéndote, tienes que aceptar la realidad. Escucha, cariño, escúchame con atención: no te das cuenta, pero estás enferma.

¡No, no estoy enferma!, gritó la cría con la boca cerrada. ¡Es el termómetro! ¡Lo subo cuando quiero!

Pero no te preocupes, nosotras cuidaremos de ti. Te ayudaremos con todo, a concentrarte, a estudiar, a relacionarte. Pronto tendrás amigos. Es normal que estés tan apegada a tu abuelo después de lo que ocurrió.

¿Qué ocurrió? ¿Por qué saben tanto de mí? ¿Qué me pasa?

Ahora debes abrirte, Maggie. Respira, respira.



CAPÍTULO 13



EL BOSQUE

La niña despertó como de un largo sueño y lo primero que vio al abrir los ojos fue uno de sus cuadros colgado de la pared. Hacía mucho que no se fijaba en él, tanto que ni siquiera recordaba cuál era el milagro que perseguía cuando lo pintó. Pero al contemplarlo ahora, se le presentaba como una premonición, un símbolo de lo que estaba sucediendo. Parecía que las casas, la ciudad, el mundo de los hombres quisieran comerse el bosque: su pequeño universo. Sí, Maggie creía que el bosque era su hogar, y los árboles, sus hermanos. De hecho, veía al abuelo como una encina, con grandes ramas llenas de abrazos.

¿Cuánto tiempo llevaba tirada en el suelo? No podía precisarlo. En algún momento se había desmayado y, ahora, al recobrase, le daba la sensación de que lo ocurrido no había sido más que una pesadilla. Todo permanecía tranquilo, en silencio. Sintió calorcito a su lado y, al volver la cabeza, se topó con la mirada del pirata.

Abuelo, ¿estás bien?, preguntó.

Pero él no dio muestra alguna de haberla oído. Ni siquiera pestañeó. Parecía más encina que nunca: su rostro arrugado era pura corteza. Y, tras reparar en que tenía los pantalones empapados, escuchó la voz del vecino retumbando en la escalera.

Maggie, ya puedes abrir; la policía se ha marchado.

Dudó, no sabía qué hacer, si abrir o cerrarse más, blindar el castillo para siempre. Si lo dejaba entrar, debería dar explicaciones. Aunque, en el fondo, deseaba hacerlo: necesitaba compartir con alguien el secreto del bosque. Pero cómo se da ese paso, cómo se dicen las cosas a las personas de carne y hueso, por dónde se empieza, en qué idioma se comunican los árboles, por qué le costaba tanto encontrar las palabras, por qué en vez de palabras solo se le ocurrían colores y por qué nadie excepto el pirata comprendía sus palabras de colores.

Contempló la puerta que la separaba del mundo de los hombres, la que siempre la había protegido y ahora la ahogaba, y se decidió. De todas formas, no podía levantar al pirata del suelo ella sola.

Hola, Jon, saludó asomando un ojo por la mirilla. Te dejo pasar si te tapas la cara.

¡Cómo!, protestó el vecino. ¡Pero si eres tú la de las vergüenzas! ¡Tápate tú, no te fastidia!

Es que yo no puedo: necesito ver bien para llevar al abuelo hasta su habitación. Me da miedo tropezar con algo y que se caiga otra vez.

¡Ah!, ¿pero se ha caído? ¿Y se ha hecho daño?

Creo que sí. ¿Me ayudas a ponerlo de pie?

Claro. Vamos, abre.

Sí, pero antes tápate.

Pero ¿con qué?

No sé, pues con el jersey.

Vale, pero que conste que solo lo hago por él, ¡eh!

El chico no protestó más. Entró en el castillo con la cabeza envuelta en el jersey, al estilo de los tuaregs del desierto, según dijo, y entre los dos levantaron al abuelo tirando cada uno de un brazo. El pobre crujió con un ruido que sonó a madera, pero no parecía que se hubiera roto nada; así que lo condujeron a su habitación, lo echaron sobre la cama y Maggie se dispuso a limpiarlo con una esponja empapada en agua y jabón.

Gracias, señorita, suspiró el pirata al sentir la caricia de la esponja.

Pero, abuelo, ¿no me reconoces? Soy tu nieta.

No, no la reconocía. Y añadió:

No merece la pena, señorita. Déjelo, déjeme morir.

Después de esta frase, que los sumió en silencio, le cambiaron de ropa y el vecino advirtió que tenía el cuerpo lleno de cicatrices. No había un solo centímetro de su piel que no presentara el rastro blanco de un punto o una grapa. También se le apreciaban muchos moratones.

¿Has visto esto?, exclamó señalando uno que le abarcaba desde el hombro hasta el costado.

Maggie le restó importancia; aseguró que los moratones eran normales en los ancianos, ya que las venas se les rompen con la mirada. Pero con respecto a las cicatrices, no aclaró nada. El pirata nunca le había querido contar cómo se las hizo.

Lo cubrieron con una manta y se quedaron observándolo mientras dormía. Pobre, lamentó el vecino. Tiene Alzheimer, ¿verdad?

No sé.

¡Pero cómo!, ¿no sabes lo que tiene?

Es que no me lo han dicho.

Bueno, si quieres te lo digo yo. Sé mucho de enfermedades de viejos; mis abuelos están hechos un asco. A ver, ¿se le olvidan las palabras?

¿Las palabras?

Sí, las palabras. No sé, igual va a decir mesa, o silla, y no se acuerda.

No, solo se le olvida lo que acaba de hacer. Lo que le pasa es que ve cosas raras; visiones y así.

¡Ah, entonces tiene la misma enfermedad que mi abuela Irene! Creo que se llama «demencia», «demencia no sé qué». Mi madre me explicó que es una cosa que padecen muchos viejos y que consiste en que se les mueren las células del cerebro y por eso se vuelven un poco locos. Aunque en realidad no lo están.

Sí, puede que sea esa su enfermedad.

Pues lo siento mucho, Maggie.

No lo sientas. Sigue aquí, conmigo.

La niña hizo este comentario porque las palabras del abuelo continuaban resonando en su cabeza: «No merece la pena, señorita. Déjeme morir». Las había pronunciado desde lo más profundo del mundo de las encinas, donde se encontraba perdido. Ojalá la enfermedad se las hubiera robado de los labios, porque le dolían.

Al advertirlo, el vecino cambió de tema y le preguntó por la policía: quería saber por qué habían venido, por qué gritaba el pirata, por qué, por qué, por qué... Aturullada por el interrogatorio, la chiquilla se dirigió a su habitación, cerró la puerta y se sentó en el suelo. Se arrepentía de haberle dejado pasar; aún no estaba preparada para contarle nada a un ser humano.

¿Con quién hablas?, oyó que le preguntaba poco después.

El chico había entrado en su habitación sin permiso. El bosque aullaba.

No te importa, respondió.

Sí, sí que me importa.

Vale, pues hablo con la pared.

¡Anda ya! ¡Eso solo lo hacen los locos!

Y tras proclamar esto, en ese mismo instante, la pared susurró:

Maggie, ¿qué ocurre?

¡Eh!, ¿quién ha dicho eso?, saltó el vecino asustado.

Nadie.

¡Sí, sí que ha sido alguien! ¡Lo he oído perfectamente!

Tranquilo, solo es un amigo.

¿Un amigo? ¿Y dónde está? ¿Es un fantasma o qué?

¿Cómo lo sabes?

¡¡¡Pero si no lo sé!!! ¿Lo dices en serio? ¿Hay un fantasma?

Sí. Mira esta mancha: es su cara. ¿No la ves?

Claro que la veía. Contemplaba aquel rostro mohoso con la boca abierta y, conforme se acercaba a él, atraído por su mirada, increíblemente vívida, percibió una corriente, un aliento, una especie de respiración. ¡Sí, era una respiración! ¡La pared estaba viva! Se tragó un grito y salió corriendo, golpeándose contra las esquinas, pues apenas veía nada con el jersey en la cabeza.

Ya en la escalera, recapacitó: había actuado como un auténtico cagueta. ¡Qué fantasma ni qué fantasma!; aquella respiración tenía que proceder de algún sitio, de un lugar de este mundo; por ejemplo, del piso de al lado. Volvió sobre sus pasos para inspeccionar la puerta de los vecinos y comprobó que no había felpudo en el suelo, solo la estampa de uno que debió desaparecer hacía años. Pulsó el timbre y no funcionaba. Llamó con los nudillos y solo escuchó silencio, ni pasos ni voces, ningún ruido. Allí no vivía nadie.

No sabía qué pensar de todo aquello. Regresó a la habitación de Maggie dispuesto a desentrañar el misterio y enfrentarse al mismísimo diablo si hacía falta, pero lo que se encontró fue a su amiga llorando, desconsolada.

Se sentó a su lado.

¿Sabes?, antes me lo he callado, pero desde mi casa he oído todo lo que te decía esa señora que ha venido con la policía; todo.

Maggie guardó silencio. El bosque estaba desnudo. Pasó rato, mucho rato quizá, y sus lágrimas formaron pequeños lagos que fueron juntándose poco a poco, como si se atrajeran entre sí. Luego, cuando se le pasó la congoja, levantó la cabecita para agradecer al vecino que estuviera allí acompañándola, y lo miró directamente a los ojos. Fue un instante, solo uno, pero suficiente para apreciar el color de su alma. Sus ojos eran amarillos y también lloraban.

Os quieren separar, ¿verdad?, dijeron los ojos enrojeciendo.

¡¡¡Pues claro que los quieren separar!!!, rugió la pared fuera de sí. ¡¡¡No tienen corazón; como tú, sinvergüenza, que te haces el majo para aprovecharte de ella!!! ¡¡¡Ni se te ocurra darle un beso, eh, ni se te ocurra!!!

La familia del fantasma (invierno, 1985)



Aquella noche Maggie pintó dos mundos separados por una pared. En el de la izquierda se dibujó a sí misma, en su habitación, bajo un cielo azul. Y en el de la derecha, al fantasma. Lo realizó de color blanco, sin rasgos ni extremidades. Estaba tan furioso que le dio miedo ponerle ojos y, sobre todo, brazos, por lo que pudiera pasar. Aunque, eso sí, lo acompañó de manchas. Ese era el milagro que buscaba: quería regalar una familia al fantasma, para que no se sintiera tan solo bajo su cielo gris.

CAPÍTULO 14



LA PINTADA

Los días siguientes fueron los más bonitos que recordaba Maggie desde hacía mucho tiempo. El pirata se recuperó de la noche a la mañana. Al despertar, el cable de su cabeza había vuelto a funcionar y la reconocía de nuevo. Además, gozaba de un humor espléndido, disfrutaba incluso del aire frío que bajaba desde lo alto de las montañas. Lo respiraba a mares, como si nunca antes hubiera aspirado un aroma tan lindo.

Olía a nieve, sí. La cordillera estaba cubierta por un espeso manto blanco que la cría deseaba con todas sus fuerzas que cayera también sobre la ciudad, pues quería congelar aquel instante. Y es que la nieve, cuando se presenta en el mundo de los hombres, lo detiene: los coches se paran, los niños no van a la escuela y las funcionarias, suponía, tampoco acuden al trabajo, con lo que dejan de perseguir a la gente.

Así que la pobre se desilusionaba cada mañana al asomarse a la ventana y comprobar que no había caído un solo copo. Aunque recobraba el ánimo enseguida, durante el desayuno, degustando un succulento estofado de ternera, ya que habían vuelto a trabajar para el señor Yanqui y ahora se podían permitir conservas un poquito más caras.

Al señor Yanqui, por su parte, también se le veía muy contento. Gracias a ellos, a su colaboración abnegada, el negocio de reparto de paquetitos y recogida de sobres que regentaba marchaba viento en popa, y lo demostraba al término de cada jornada obsequiándolos con dos pasteles y atusando el pelo de Maggie con sus uñas negras.

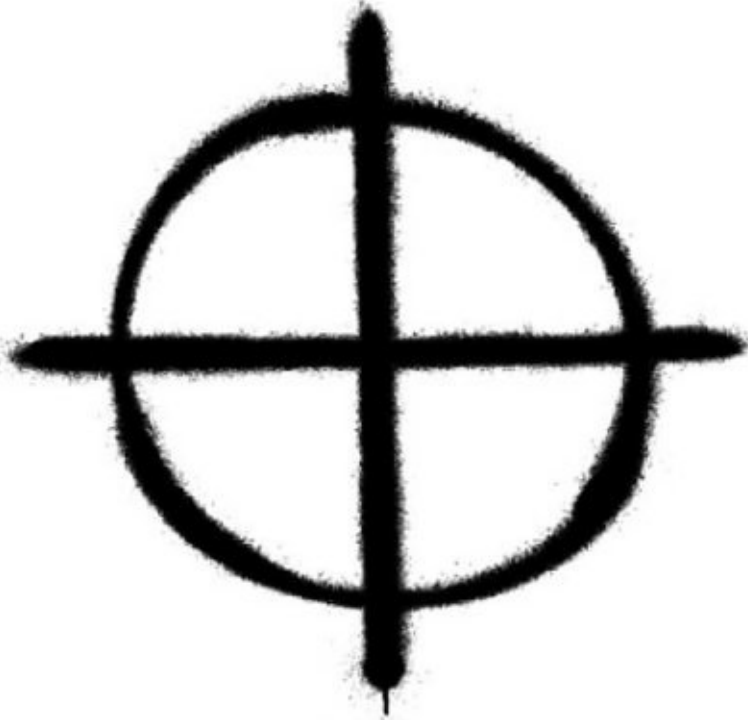
Sabes cuidar de tu abuelo, ¿eh?, le decía. ¡Qué muchacha esta!

Fueron días inolvidables, no cabe duda. Aprovechaban hasta el último de los segundos que les regalaba la suerte y, entre recado y recado, se relajaban visitando alguna obra. Como buen jubilado, al pirata le apasionaban las obras públicas y, en aquella época, Bilbao era el paraíso: contaba con más obras que habitantes, pues hacía poco que unas inundaciones habían assolado la ciudad y estaba todo patas arriba.

Sin embargo, entre tanta dicha había un pero; y muy gordo. A pesar de que habían tenido oportunidad de conocer a un montón de yanquis, ninguno les había revelado nada sobre su madre. Fue así hasta que uno con la cara cortada se quedó pensando y, después de un rato, en el que dio la sensación de que se había dormido ahí mismo, de pie, respondió que sí, que le sonaba una mujer pelirroja, medio escocesa.

Tenía un bebé, recordó rascándose la caspa. Creo que era una niña. Siempre estaba llorando. Pero ¿por qué no le preguntas al Pisacolillas? ¿No lo sabes?: tu jefe era el novio de esa pelirroja.

Maggie voló al escuchar esto, voló empujando la silla sin importarle las protestas del abuelo, que en un bache perdió la dentadura postiza y, en el siguiente, la chapela. Llegaron al muro donde el señor Yanqui acostumbraba a esperarlos fumando un cigarrillo tras otro, pero no estaba, por primera vez no estaba en su cuartel general. En su lugar había una pintada:



**PISACOLILLAS, HILDA ZAUDE
TRAFIKANTEAK KANPORA
E.T.A. ***

[Pisacolillas, estás muerto. Traficantes fuera. E. T .A.]*

Se quedó helada. No hacía falta saber euskera para entender un mensaje tan claro. El señor Yanqui se encontraba en el punto de mira del mundo de los hombres.

Transcurrió un tiempo en blanco durante el cual fue incapaz de reaccionar, cerrar la boca o atender al abuelo, que insistía en regresar a por sus dientes, cuando oyó un silbido y, al volverse, vio a alguien agazapado entre dos coches vestido con chaqueta, chándal y chancletas. No podía ser otro que Chachachá, el primer yanqui al que entregaron un paquetito. Miraba hacia los lados como un hurón. De pronto, salió de su escondrijo, les cogió los sobres que traían de vuelta de los últimos recados y se alejó sin mediar palabra.

La niña lo siguió a la carrera y se atrevió a protestar:

¡Pero es que esos sobres no son para usted, son para el Pisacolillas!
¿Dónde está?

Olvídate de él, contestó Chachachá sin detenerse. No lo volverás a ver. Es confidente de la policía. Por eso manejaba tanto el cabrón. Si sabes lo que te conviene, no vuelvas a aparecer por aquí.

Pero...

¿No me has oído? ¡Venga, largo, esfúmate!

Obedeció cabizbaja. Y de regreso a casa, dando un rodeo por si hallaban la dentadura, preguntó al pirata si aquel hombre que les solía regalar pasteles era... ¿su padre? No recordaba haber articulado antes esa palabra. Padre. Le sonó extraña. Hasta entonces, esa figura no había sido más que un fantasma en su vida; otro más. Pero el abuelo no respondió. Probablemente no lo haría nunca. Estaba a lo suyo, con la atención puesta en un chaval que en ese momento cruzaba la calle patinando en un Sancheski. Lo saludó con alegría:

¡Concho, cuánto tiempo sin verte!

Es curioso: ahora reconocía hasta a los desconocidos.

El camino se les hizo eterno. Granizaba. Y al llegar al castillo, la cría advirtió que había un coche patrulla aparcado junto al portal y corrió a ocultarse. Aguardaron durante horas tiritando de frío y miedo, pero al pirata no le castañeteaban los dientes: solo tenía los de abajo.

Al fin, bien entrada la noche, el coche patrulla desapareció y subieron a casa dejando un rastro de huellas de agua que se detuvo frente al felpudo, donde encontraron una carta. Estaba firmada por la policía municipal y Maggie la leyó con dificultad, pues le temblaban las letras. Anunciaba que, al día siguiente, a las 17 horas, ni un minuto más ni un minuto menos, se presentarían con una orden judicial y un cerrajero procedería a abrir la puerta.

El castillo se derrumbaba.

CAPÍTULO 15

EL PLAN

Entraron en casa completamente derrotados y el abuelo se acostó sin cenar, pues solo le quedaban fuerzas para dar las buenas noches. Entonces sonó el timbre y la puerta sonrió: era el vecino. Llevaba varios días sin asomar el pelo, lo cual era comprensible después de lo que le había sucedido con el fantasma. No eran horas para recibir visitas, desde luego, pero Maggie lo dejó pasar, y eso que venía ataviado con un pasamontañas que le cubría hasta las pestañas. Se lo había puesto para que lo mirara a los ojos, lo mirara siempre, todo el rato, sin vergüenza. Pero se equivocó. A su amiga le daban miedo los encapuchados. No le parecían ni hombres ni árboles, podían ser cualquiera, incluso alguien malo, y le pidió que se quitara esa cosa de la cabeza y se tapara con el jersey como la última vez.

El chaval accedió y...

¿Quieres casarte conmigo?, preguntó de sopetón.

¡¿Cómo?!

Es que he estado dándole vueltas al asunto y he pensado que si nos casamos no os podrían separar: viviríais en mi casa. Todavía no se lo he dicho a mi ama, pero seguro que está de acuerdo. Solo somos tres, con mi hermano, y la casa es grande. Bueno, ¿nos casamos o qué?

Maggie supo en ese instante, sin ningún género de dudas, que el vecino era un árbol; posiblemente un fresno, que es una especie que se parece mucho a las majestuosas acacias, pero que, a diferencia de estas, carece de pinchos, con lo que es incapaz de hacer daño. Por eso se entristeció.

No puedo casarme contigo, musitó. No me querrías. Soy fea.

¿Fea? Eres rara, Maggie, la chica más rara del mundo. Pero también la más guapa.

No es verdad, mira.

Se arremangó la blusa y le enseñó los brazos; luego el cuello, la tripa, los tobillos. Tenía la piel en carne viva. El chaval le acarició con suavidad uno de

los sarpullidos y ella pegó un respingo, y otro más cuando le puso la mano en la frente para tomarle la temperatura. Le impresionaba que la tocaran.

¡Ay va, es cierto lo que dijo esa señora: tienes fiebre, estás enferma!

No sé, balbuceó la cría. Y se le escapó una lágrima, que se secó con la mano.

No te preocupes, Maggie. Igual no es nada. Mi abuelo Bixente dice que la piel es como un espejo que refleja todo lo que sientes. Por eso nos ponemos rojos cuando nos da vergüenza algo o azules con el frío. Él tiene unas costras blancas en los codos. Me contó que le salieron porque echa de menos a mi padre. Dice que son heridas, pero de dentro.

La niña no se atrevió a preguntar por esas heridas de las que hablaba: su padre, y se quedó pensando que le gustaba mucho que apreciara los colores, al menos el rojo, el azul y el blanco. Pero el fantasma rompió el embrujo:

No le hagas caso, Maggie. Es un charlatán. Cásate conmigo.

¡¡¡Tú no te metas en esto!!!, saltó el vecino, que estaba esperando que interviniera para darle su merecido. ¡Solo eres un fantasma, nadie se puede casar contigo! ¡Estás muerto, ni siquiera puedes defenderla!

¡Y a ti quién te ha dicho que no puedo defenderla! Doy miedo a todo el mundo, ¿te enteras?; miedo, miedo, muchísimo miedo. El otro día saliste corriendo al oír mi voz.

Sí, pero ya no. Sigo aquí.

¿Y por qué?

Porque sí.

¡¡¡He dicho que me digas por qué ya no te doy miedo!!!

¡Pues porque eres egoísta; porque quieres tener a Maggie para ti solo; porque te da igual lo que le ocurra mientras haga lo que le mandas!

Tras esta puñalada, que fue directa al corazón de las tinieblas, el vecino y la mancha de la pared se enzarzaron en una discusión altisonante en la que cruzaron miradas y palabras a cada cual más espantosa, hasta que Maggie se puso muy seria y les advirtió que, de continuar así, no se casaría con ninguno de los dos.

Bastante tengo con lo que va a pasar mañana, añadió.

¿Y qué va a pasar?, preguntó la pared alarmada.

Pues que la policía va a venir a las cinco a sacarnos a la fuerza.

Maldita sea, gruñó el vecino. Hay que hacer algo.

¡Ya lo tengo!, anunció el espectro después de un largo silencio en el que casi se escuchó cómo le bullía la cabeza. ¡Nos esconderemos en un lugar seguro!

¡Cómo que nos esconderemos!, replicó el vecino. ¿Tú también? ¿Puedes salir de la pared o qué?

¡Pues claro, qué te crees! Y conozco una casa abandonada que es perfecta para esconderse: está en un sitio muy apartado, en un pueblecito de Zamora que se llama Vezdemarbán.

Qué nombre más extraño. ¿Y cómo vamos a ir hasta allí? El abuelo de Maggie está muy torpe, no podemos subirlo a un autobús.

Ya he pensado en eso. Viajaremos en coche.

¡Sí, hombre! ¡Y conducirás tú: un fantasma!

¡Qué pasa!, conduzco perfectamente. Me enseñó mi padre.

¿Tu padre?... Pero ¿tienes familia?

¡No te fastidia; como todo el mundo!

¿Y dónde están?

Aquí, conmigo, en la pared.

Maggie no abrió la boca para celebrarlo, pero se sintió orgullosa. Gracias a su dibujo, el fantasma gozaba ahora de una familia de manchas. Esa era la razón por la que se mostraba mucho más afable.

Me enseñó a conducir de pequeñito, continuó el espectro con su tono de ultratumba. Decía que así nos ahorraríamos un buen dinero cuando me apuntase a la autoescuela. Pero, bueno, al grano, que me estoy yendo por las ramas: viajaremos a Vezdemarbán en el coche de mi padre. El problema es que tendremos que esperar hasta mañana; ahora no puedo cogerle las llaves, tiene el sueño muy ligero.

¿Y cómo es que conoces esa casa abandonada?, preguntó el vecino receloso.

Porque veraneo allí.

Jo, no entiendo nada; todo esto es rarísimo. Pero ¿cómo lo vas a hacer? ¿Te puedes materializar?

Por supuesto.

A ver, demuéstalo.

Me materializaré en su momento. Aún no estáis preparados.

¿Y por qué le dijiste a Maggie que te sentías solo? Tienes padres, coche, vacaciones... ¡De qué te quejas, si ahí dentro tienes de todo!

No, no tengo nada; no tengo amigos, nunca los he tenido. Y si no llega a ser por Maggie, no sé... Muchas veces he pensado que no merece la pena vivir así.

No digas eso, hombre; no será para tanto.

Sí que lo es. Nadie quiere jugar conmigo. Ni siquiera me miran.

No seas tonto, eso es porque no te ven. Si te conocieran, seguro que pensarían que eres majo. Tienes buenas ideas. Aunque hablas demasiado bien para ser un niño... ¿De verdad que eres un niño?

Sí, lo que pasa es que leo mucho. Es lo único que puedo hacer aquí solo.

Vaya, lo siento. Si quieres, podemos ser amigos.

¿En serio?

Claro, mola tener un amigo fantasma. Pero Maggie se casará conmigo, que lo sepas.

Eso ya lo veremos, sentenció la pared. Ahora escucha, haremos esto: mañana, a las ocho en punto de la mañana, te estaré esperando en la parada de autobús que hay en la plaza del museo, frente al parque. Llevaremos todo el dinero que tengamos ahorrado; todo, porque hay que comprar comida para una buena temporada. Maggie, tú te quedarás aquí cuidando de tu abuelo. Cuando acabemos de hacer las compras, vendremos y esperaremos juntos a que mi padre llegue del trabajo y deje el coche en el garaje para ir a por él. Andaremos justitos de tiempo; suele llegar a eso de las cuatro, cuatro y media, así que habrá que bajar a toda prisa para no tropezar con la policía. ¿Está claro?

Sí, contestó el vecino. Pero ¿no podíamos quedar un poquito más cerca? Esa parada está a más de media hora de aquí y, si salgo demasiado temprano de casa, mi madre va a olerse que no voy a la escuela.

No, tiene que ser lejos, por seguridad.

¿Por seguridad?, se extrañó el vecino.

Sí.

¿Y cómo te reconoceré?

Lo haré yo, no te preocupes. Tú no me ves, pero yo a ti sí. Te veo siempre, a todas horas, viviendo.

CAPÍTULO 16

EL SECRETO

El pirata no descansó bien aquella noche. Se despertó de madrugada y se puso a examinar las fotografías que decoraban la habitación, en las que aparecía sonriendo junto a su difunta esposa. Pero por más que las miraba y remiraba, no recordaba nada, ningún detalle, y despertó a Maggie diciendo una cosa muy gorda:

No sé quién soy. No me acuerdo de mí.

Lloraba. Y la niña le peinó la barba con los dedos para tranquilizarlo. Era una barba curtida por el salitre y los temporales, tan áspera que daba la impresión de que estaba cubierta de escaramujo, como los objetos que devuelve la marea tras años flotando a la deriva.

Eres mi abuelo, le dijo, y tragó saliva.

Estaba claro que se necesitaba un milagro para recuperar su memoria, así que sacó las pinturas mágicas del estuche y dibujó el barquito del que siempre hablaba, el que confundía con la silla de ruedas y él mismo pintó cuando el banquero le pidió que estampara su firma en un papel. Lo realizó igualito, con un palo y una vela. Pero le pareció que le faltaba algo y le añadió colores, el arcoíris al completo.

¡Es el Aingerutxu!, exclamó entonces el pirata con una sonrisa desdentada.

Y, sin más, se le dispararon los recuerdos. Le vinieron de repente, estallaron en su cabeza como fuegos artificiales y se acordó incluso de aquello que había intentado olvidar a lo largo de toda su vida: el secreto de sus cicatrices. Lo contó de corrido, con una lucidez asombrosa, tal vez porque le había pesado demasiado ocultarlo durante tantos años...

Era una noche de otoño, empezó diciendo. Una noche limpia, sin nubes, de luna llena, y no me lo pensé dos veces: salí a pescar a pesar de la guerra.

¿La guerra?, se interesó Maggie. ¿Estuviste en una guerra?

Sí, el pirata había estado en una guerra, y tan grande que le pusieron nombre y todo: «Guerra Civil». Se declaró en el verano de 1936, aseguró, y en aquellos días de otoño se libraba también en la mar. Por eso se escuchaban cañonazos a lo lejos y la radio recomendaba permanecer en puerto, ya que la armada franquista había sembrado de minas las inmediaciones. Pero a él no le daban miedo las minas; estaban sumergidas a cierta profundidad y el Aingerutxu solo era un bote, un pequeño batel que no tenía calado suficiente para tropezar con una y hacerla estallar. Eso creía.

En cualquier caso, con miedo o sin él, llevaba semanas sin pescar nada y no le quedaba más remedio que arriesgarse: quería reunir dinero por lo que pudiera suceder en adelante. Las cosas se estaban poniendo muy feas, los bombardeos eran continuos.

Aquella tarde la pasó preparando el aparejo, midiendo las brazadas de sedal, colocando los anzuelos a la distancia exacta, empatando en cada uno de ellos un poquito de lana roja, que era el señuelo que se utilizaba entonces para el chicharro. Cuando terminó la tarea, introdujo el aparejo en el interior de un balde de goma, dándole vueltas con cuidado para que no se enredara, y se despidió de su madre con un largo abrazo.

Zarpó del Puerto Viejo de Algorta, donde nació, rumbo a lo desconocido, y remó a buen ritmo durante media hora. Ya en mitad de la bahía, desplegó la vela para cacear al compás de la brisa y largó el aparejo. No picaban. Se adentró un poquito más y escuchó un chapoteo. Se estremeció: quizá las minas chapoteaban, quién sabe. Pero al iluminar el agua con el candil, no encontró una bomba, sino algo bueno, algo increíble: ¡la mar hervía de peces!, ¡navegaba sobre un banco de verdel, el cardumen más grande y alborotado que había visto jamás! Le faltaron manos y sitio en cubierta para tanto pescado, pero no aflojó, siguió largando sedal, recogiendo, sosteniendo la vela, el aparejo y la ilusión de que aquella era la mayor captura de su vida. Pero el Cantábrico, siempre traicionero, arruinó su sueño. Despertó con un viento huracanado que entró por el sur y supo al instante que estaba perdido. Si hubiera entrado por el noroeste, procedente de la mar, que era lo habitual en las galernas, quizá habría tenido alguna posibilidad navegando contra el viento. Pero el sur, el maldito sur, no se puede capear; sus olas te hundan sin remedio si les plantas cara. Su única esperanza era dejarse arrastrar. Fue lo que hizo y, en apenas minutos, se encontraba a tres, cuatro, a cinco millas de

la costa y, vencido ya, incapaz de achicar tanta agua, divisó las luces de un barco.

Meneó el candil en la noche. Lo meneó durante largo rato, en pie sobre el océano, con el Aingerutxu medio sumergido, y derramó lágrimas de alegría cuando advirtió que el barco maniobraba hacia él. Se aproximaba a toda máquina, su silueta crecía por momentos, pero creció de tal manera que se convirtió en un destructor franquista con un casco de acero monstruoso y el candil tembló en sus manos. No aminoró en ningún momento, lo abordó con un crujido y las cuadernas del Aingerutxu se hicieron trizas junto a sus huesos mientras escuchaba el rumor de las hélices, ya bajo el agua. Luego llegó el silencio y contempló la luna llena apagándose conforme caía al fondo, irremisiblemente.

No, no sentía frío, tampoco soledad, pues allá abajo, entre las algas, se supo de vuelta en casa. Pero se ahogaba, debía ahogarse, las encinas no pueden respirar bajo el agua. Y tras sufrir la primera convulsión en los pulmones, se le apareció el rostro de una mujer. Era muy bella. Lo miraba con la cabeza inclinada hacia un lado, como preguntándose qué le pasaba, por qué le salían burbujas por la boca. Y ante su sorpresa, lo cogió por los mofletes y le insufló aire con un beso. Era una sirena.

Meses después, abrió los ojos y la sirena continuaba allí, vestida de enfermera, acompañando a un médico que le informó de que había sido rescatado por un mercante británico. Pero él no se lo creyó. ¡Qué probabilidad hay de sobrevivir a un abordaje semejante! Lo salvó una sirena, con un beso de agua.

Permaneció un año ingresado en aquel hospital de Glasgow, la ciudad donde atracó el mercante, y, una vez curadas sus heridas, regresó a Algorta sin perder un segundo, pues le había llegado noticia de que su madre se hallaba muy enferma y le dio igual que el País Vasco hubiera caído ya en manos de Franco. Cruzó el Cantábrico como polizón, escondido entre las redes de un bacaladero, y lo detuvieron el día del funeral, con el cuerpo de su madre presente. Se había corrido la voz de su llegada al pueblo, y los franquistas, temerosos de su testimonio, de que se supiera que uno de sus destructores había arrollado a un pescador inocente, lo acusaron de algo, de traidor, de rebelde, de combatir con el enemigo. Dijeron que el Aingerutxu no era un bote lleno de verdel con una vela y poca suerte, sino una lancha rápida de la Marina de Guerra Auxiliar de Euzkadi, y lo condenaron a cuatro años de prisión. Los pasó mirando al mar a través de las rejas, respirando humedad y tuberculosis. Pero sobrevivió a aquel infierno y, cuando abrieron la puerta del

penal, la sirena lo estaba esperando con otro beso en los labios. Había venido desde Escocia, por él.

Era tu abuela, dijo el pirata.

¿Mi abuela?, se sorprendió la niña. ¿Mi abuela era una sirena?

Claro. Por eso tu madre también lo es.

Pero desgraciadamente el relato del pirata no terminó ahí. Ocurrió que, al mes de casarse, unos hombres vestidos de oscuro llamaron a la puerta y entraron en casa sin presentarse. Tampoco hacía falta, se veía a la legua que eran agentes de la policía política; más conocida como La Social. Llamaron a la puerta durante décadas. Lo detenían, lo soltaban, lo detenían, lo soltaban. Y no se conformaron con eso, también visitaban los barcos en los que faenaba y llegó un momento en que ningún patrón se atrevió a contratarlo, por lo que hubo de buscarse la vida en tierra. Se mudaron a Bilbao, pero los hombres de oscuro continuaron atosigando su puerta y solo consiguió un empleo estable pasados muchos años, gracias a un amigo sindicalista, uno de aquellos comprometidos que luchaban contra la dictadura en la clandestinidad, que logró convencer al jefe de una fundición de que lo mantuviera en plantilla a pesar de las presiones. Quiso devolverle el favor colaborando con el sindicato y el acoso aumentó: le pincharon el teléfono. Permaneció pinchado incluso después de morir Franco, y Maggie creció jugando con el auricular. Al descolgarlo, escuchaba lo que le parecía un caballito al galope: *tatata tatata tatata*.

Y, entonces, justo al final del camino, al pirata le entró el miedo, el que no sintió de joven. Le llegó tarde, pero le llegó. De alguna manera, los hombres de oscuro habían logrado colarse en su demencia y lo perseguían a todas horas. Eran su sombra. Pero esto último no se lo dijo a Maggie, claro, pues no era consciente de ello.

Agotado ya de tanto recuerdo, el viejo cerró los ojos y la niña le hizo una última pregunta:

Abuelo, esa guerra de la que hablas, ¿es la misma que hay ahora?

No lo sé, hija. Yo no entiendo de guerras.

Y se durmieron abrazados... a las sirenas.

El Aingerutxu (invierno, 1985)



Maggie fue retocando el Aingerutxu a medida que el pirata contaba su historia. Poco a poco, lo hizo más grande y robusto, le puso una casita en popa para resguardarse de los temporales y hasta le instaló una ametralladora en el casco, por si las moscas. Sí, lo sabía, dibujar armas iba contra sus principios, pero no podía permitir que su abuelo navegara indefenso en aquella mar tan terrible.

CAPÍTULO 17



EL PUENTE DE LA VERDAD

El vecino se apostó frente a la parada en la que había quedado con el fantasma y vio que estaba abarrotada de niños que subían a un autobús agitando la mano para despedirse de sus madres. Al cabo, el autobús partió lanzando una bocanada de humo negro y las madres se fueron dispersando, hasta que solo quedó una sombra en la marquesina. Era una figura triste, tan enclenque que los libros que llevaba bajo el brazo la escoraban hacia un lado. De pronto se dio cuenta de que la observaban desde el otro lado de la calle y se puso en guardia.

¿Eres el fantasma?, preguntó el vecino tras decidirse a cruzar.

Sí.

¿Seguro?

Hombre, pues claro.

Entonces, ¿estudias y todo?, se interesó señalando los libros, que eran de séptimo curso, como los suyos.

Incomodado por el interrogatorio, el espectro echó a correr y el vecino lo siguió con la lengua fuera, preguntándose adónde demonios se dirigía y cómo era posible que corriera tanto viviendo como vivía emparedado en un tabique. Era un auténtico gamo. Se internó en el parque de los patos y, tras zigzaguear en torno al estanque como para despistar, se agazapó entre unos matorrales y señaló por lo bajines:

Agáchate, rápido, tenemos que decidir dónde vamos a hacer las compras para ir directamente allí y correr el menor riesgo posible de ser descubiertos.

¿Descubiertos?, se sorprendió el vecino. ¡Pero quién va a descubrirnos, si todavía no hemos hecho nada! Además, aún es demasiado temprano; falta más de una hora para que abran las tiendas.

¡Pues vaya faena!, rezongó el fantasma.

Entonces transcurrió un tiempo incómodo durante el cual ambos hicieron como que contemplaban las musarañas bajo la lluvia. Tronaba, se acercaba una tormenta y, con cada descarga, el vecino sentía el impulso de tocar al

fantasma, comprobar si era sólido, tangible como un alumno de séptimo vulgar y corriente. A simple vista, al menos, parecía opaco, si acaso ligeramente más gris de lo normal, como velado por un halo de melancolía. De ahí su aspecto sombrío.

Harto de la espera, le propuso ir a un sitio a jugar hasta que abrieran las tiendas. Quería animarlo, arrancarle una sonrisa. Le aseguró que se lo iban a pasar en grande en ese sitio. Quedaba muy cerca.

El espectro accedió con un leve movimiento de cabeza y se dejó conducir a la carrera por la ciudad, hasta que toparon con una valla metálica, que salvaron arrastrándose por el suelo; luego saltaron un muro, más tarde reptaron entre unos hierbajos que crecían bajo una grúa y, sin detenerse siquiera para tomar aire, se internaron en la oscuridad de un viejo pabellón industrial. Entonces el vecino cogió dos pares de guantes de un contenedor que estaba lleno de manoplas y cosas raras, le pasó un par al fantasma, que lo miró perplejo, y al asomarse de nuevo a la luz del día, la tormenta disparó sobre ellos. Sí, disparó con saña, pues no eran truenos lo que escuchaban, sino odio. De repente se hallaban en un campo de batalla, rodeados de obreros que respondían con lanzacohetes al fuego de la policía.

El vecino se sumó a un grupo de chavales que recogía los botes de humo que rodaban por el suelo para introducirlos a toda prisa en unos bidones de agua y gritó con las manos humeando:

¡Venga, a qué esperas, ponte los guantes y ven aquí!

¡Pero qué haces!, exclamó el fantasma con los ojos como platos.

¡Pues qué quieres que haga: luchar, hombre, luchar! ¡Quieren cerrar el astillero!

¿Y qué es un astillero?

¡Pues esto: una fábrica de barcos! ¡Vamos, ponte los guantes y acércate! ¡Ya verás, es muy divertido! ¡Además, a ti no te puede pasar nada: ya estás muerto!

¡Pero es que...!

¡Ni es que, ni es que!, ¡no seas cobarde!, insistió el vecino tratando de cogerle del brazo para arrastrarlo hacia fuera. ¡Tenemos que meter los botes en el agua antes de que suelten el humo!

¡No, no, no, déjame, no puedo salir; mi padre me verá!

¿Tu padre?

Sí, seguro que está ahí arriba.

Ahí arriba, ¿dónde? ¿En el cielo?

No, ahí arriba: en ese puente.

¡Pero qué dices, si en ese puente solo hay policías!
Por eso.

¡¡¡Qué!!! ¡¡¿Tu padre es policía?!!



CAPÍTULO 18

EL ARCOÍRIS

¡Pero no fastidies que tu padre es un madero! ¡Eso no puede ser! ¿Hay maderos fantasmas?

No, no los hay. Los policías son de carne y hueso..., como los niños.
¿Eh?, ¿qué quieres decir?

Pues que no soy un fantasma, tonto.

La revelación detuvo el mundo, el mundo de los hombres y el de los árboles; detuvo todos los mundos excepto el de los pájaros, que aprovecharon la repentina ausencia de disparos para echar a volar en bandada y formar figuras en el cielo. Parecían pensamientos que iban y venían intentando ordenarse sobre las cabezas de los chiquillos.

Ah, por eso decías que te sentías solo, murmuró el vecino. Claro, nadie se acerca al hijo de un policía.

Sí, todos me odian. Seguro que ahora tú también.

¿Yo?

Sí, tú.

...

¿No ves?, no contestas. Me odias.

Eso no es verdad, solo estaba pensando. En realidad, no creo que te odien.
Te tienen miedo.

Miedo, ¿por qué?

Pues miedo de que te chives de algo a tu padre, supongo.

Y tú, ¿tú me tienes miedo?

No sé.

¿No sabes?

¡Es que nos has mentado, nos has hecho creer que eras un fantasma!

Porque lo soy. ¿No te das cuenta? No existo.

¡Cómo que no existes!

No, no existo para la gente. Ya te lo dije: no me ven, todos hacen como que no me ven. Encima, mi padre no quiere que nadie sepa dónde vivimos y nos obliga a estar siempre con las persianas echadas, en silencio; como muertos. Él sí que tiene miedo. Hace cuatro años tuvo un atentado y cree que le persiguen. Yo creo que está enfermo.

Entonces, ¿vivís escondidos en la casa de al lado de Maggie?

Sí.

¡Pero llevas libros: vas a la escuela!

Es para lo único que salgo a la calle. Pero mi madre ni eso. Está todo el día encerrada.

Jo, pues como mi padre.

¿Sí?, ¿tu padre también está encerrado en casa?

No, en una cárcel.

¿Y por qué? ¿Qué ha hecho?

Curar a uno.

Eso no puede ser, no te pueden meter en la cárcel por curar a uno.

Es que era uno de ETA. Le habían pegado un tiro.

¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Tu padre es terrorista?!!

La palabra «¡terrorista!» sonó como un disparo en los oídos de la ciudad y desencadenó una nueva carga de la policía. Un estornino cayó al suelo, alcanzado por una piedra o una pelota de goma, y el resto de los pájaros huyó en desbandada, formando figuras horribles que parecían gritar.

¡¡¡Mi padre no es terrorista!!! ¡¡¡Es médico, y es bueno, no como el tuyo!!!

¡Tú qué sabrás cómo es mi padre!

¡Sí que lo sé! ¡Tortura y asesina!

¿Por qué dices eso?

¡Porque los policías torturan y asesinan; lo sabe todo el mundo!

¡Pero si mi padre es chófer!

¿Chófer?

Sí, es que en el atentado murieron dos amigos suyos y, como está muy nervioso, ahora solo le dejan conducir una furgoneta.

¿Sabes qué?, dijo el vecino tras un profundo silencio. Nunca había pensado que los policías tuvieran hijos.

Ni yo los terrorist...; perdón, los que son como tu padre.

Oye, Fantasma, ¿y eres de aquí?

¿De aquí?

Quiero decir si eres vasco.

Bueno, nací en Vezdemarbán, pero vinimos a Bilbao cuando yo tenía cinco años. ¡Soy del Athletic y todo!

Eso sí que no me lo creo. ¿Un español del Athletic? ¡Imposible! A ver, dime la alineación.

¿La de este año?

Pues claro.

Eso está chupao: Zubizarreta, Urkiaga, Goikoetxea, Liceranzu, De la Fuente, Urtubi, De Andrés, Gallego, Argote, Sarabia y Noriega.

¿Y los suplentes?

Meléndez, Sola, Andrinua, Núñez, Dani, Endika, Julio Salinas, Bolaños, Cedrún, Elguezabal...

¡Vale, vale, para ya, que me estás poniendo dolor de cabeza!

Es que me gusta mucho el fútbol. Pero en el colegio nadie me elige cuando hacen los equipos.

Bueno, a mí tampoco. Soy muy malo.

El fantasma sonrió y un arcoíris enorme coloreó el cielo y también el vapor que despedían los charcos, creando una atmósfera mágica en torno a los críos, como de ensueño. En ese momento, se estrecharon la mano.

Es la primera vez que toco a un fantasma, confesó el vecino.

Pues a mí es la primera vez que me toca otro niño, reconoció el espectro.

¿En serio?

Bueno, no; en verano sí que me tocan, cuando vamos al pueblo.

Jo, eso es muy triste, Fantasma. Siento lo que te pasa.

Y yo lo que te pasa a ti; lo de tu padre y eso.

Arreció la lluvia y un obrero con casco y pasamontañas se acercó al grupo de chavales que recogía botes de humo y los echó del lugar con grandes aspavientos. Luego se dirigió a ellos con los brazos en jarras:

¡Y vosotros a qué esperáis, zoquetes! ¡Os he dicho mil veces que aquí no pintáis nada! ¡Esto no es juego! ¡Largo, no quiero volver a veros el pelo!

Obedecieron, huyeron del astillero saltando los muros y las vallas que separaban los dos mundos, el de aquí y el de más allá, corriendo, brincando como dos alegres sin causa; y mientras hacían acopio de víveres en un supermercado que encontraron abierto, el vecino terminó de sincerarse:

¿Sabes?, hace mucho que no voy a visitar a mi padre a la cárcel.

¿Por qué? ¿Está lejos?

Sí, pero no es por eso. Es que le odio. Nos ha dejado solos.

Te entiendo, el mío también. Me ha dejado completamente solo.

Ya, los padres son un asco...

Oye, Vecino, ¿te puedo hacer una pregunta?

Claro, ya me has hecho muchas.

Es que esta es un poco así... ¿Por qué tiras piedras?

¡Ya estamos! ¡Pero que yo no tiro piedras, jolín!

Ah, ¿no?

No. Igual le doy a alguien. Solo apago botes de humo. Antes ayudaba a montar barricadas, pero lo he dejado porque mi madre me castiga si me pilla con las manos sucias. Dice que cualquier día me manda a un reformatorio para que no acabe como el tonto de aita.

¿Le llama tonto a tu padre?

Sí, dice que todo el mundo se aprovecha de los tontos como nosotros.

Entonces, ¿por qué vas al astillero y a sitios así?

Porque es una injusticia.

¿El qué?

Pues todo.

Es verdad. Es una injusticia.

CAPÍTULO 19

LA BRUMA ROJA

Sonó el timbre del castillo y Maggie fue a abrir la puerta con la ilusión de ver al fin el rostro del fantasma. Y, al girar la manilla, efectivamente estaba ahí, llorando de risa junto al vecino, que apenas podía tenerse en pie a cuenta de las carcajadas.

¡Este tío es la monda!, dijo como pudo. ¡Es hijo de policía y vive escondido como los de ETA!

¡¡¡Qué!!!, quiso exclamar la niña, pero la sorpresa la dejó con la boca abierta y ninguno de los dos se quedó a esperar que la cerrara, pues estaban emocionadísimos.

Entraron a la cocina con gran alboroto, cogieron cuatro platos del armario y prepararon un almuerzo a base de sardinas en lata untadas con Nocilla que al abuelo le gustó tanto que casi se traga la servilleta al ir a limpiarse. Al pobre cada vez le costaba más diferenciar lo que se podía comer y lo que no.

Ya en la sobremesa, y tras una larga conversación en la que terminaron de contar a Maggie el secreto del fantasma, así como las demás confidencias que habían compartido en el astillero, el espectro dio las últimas instrucciones. Sacó dos *walkie-talkies* de la chaqueta, le pasó uno al vecino y explicó que era para que se comunicaran con él cuando fuera a sacar el coche del garaje, ya que desde dentro no podía ver si se acercaba una patrulla, por ejemplo, que pudiera echar por tierra la operación. Después adoptó un tono de voz grave y anunció que lo importante ahora era dominarse y esperar pacientemente junto a la ventana a que su padre regresara del trabajo. En cuanto lo vieran entrar en el portal, dejarían pasar cinco minutos para darle tiempo a subir a casa y, entonces, solo entonces, bajarían las escaleras en silencio.

El resto es pan comido, aseguró agitando un llavero. Lo tengo todo preparado: estas son las llaves de repuesto del coche y, con tu permiso, Maggie, me llevo ese cojín.

¿Y para qué lo quieres?, se interesó el vecino.

Para conducir. Es que, si no me siento sobre algo, no llego a ver la carretera.

¡Eres el más grande, Fantasma! ¡Estás en todo!

Luego pasaron horas, muchas horas muertas vigilando la calle con la nariz pegada al cristal, y, a pesar de que procuraron serenarse contando chistes malos, lo cierto es que se pusieron muy nerviosos. Ya solo faltaban veinte minutos para que se presentaran las funcionarias, diecinueve, dieciocho, diecisiete, quince y, a falta de nueve, únicamente de nueve minutos para la hora fatal, una sombra dobló la esquina.

¡¡¡Mi padre, es mi padre!!!, aulló el fantasma.

Pero, al disponerse a marchar, contemplaron horrorizados cómo una patrulla de la policía municipal se detenía al pie del castillo y dos guardias se apeaban del vehículo con la mano sobre la frente. Saludaban a las funcionarias, que entraron en su campo de visión apuntando con el dedo directamente a su ventana. ¡Estaban atrapados!

¡Rápido, subamos a mi casa!, resolvió el vecino.

Lo siguieron tirando del abuelo escaleras arriba y, ya en su casa, no se detuvieron hasta chocar con la barandilla del balcón, que estaba tan alto que dominaba toda la ciudad.

¿Veis aquella terraza?, preguntó el vecino señalando hacia el oeste.

¿Cuál?, dudó el espectro.

Aquella, la del toldo azul.

¡Ah, ya la veo!

Es de mi amigo Jota. Tiene gato y siempre la deja abierta para que haga sus necesidades fuera, en una caja con arena.

¿Y por qué nos cuentas eso?, preguntó el espectro.

Es que, si cruzamos por los tejados hasta allí, podremos bajar a la calle sin que nos vean. La casa de mi amigo da a otro portal.

¡Pero estás loco! ¡Eso es imposible! ¡No podemos cargar con el abuelo por los tejados!

Bueno, no es tan peligroso como parece; yo suelo cruzar y nunca me he patinado ni nada. Además, no podemos quedarnos aquí: mi ama está a punto de llegar y, si nos pilla con el abuelo y las bolsas de la compra, a ver qué le cuento.

Estaba claro, no les quedaba otra que jugarse el tipo haciendo equilibrios por el abismo; así que agarraron al pirata por el cinto, lo sentaron sobre el murito que separaba el balcón del tejado contiguo, y poco a poco, a veces a

gatas y otras veces sosteniéndolo cada uno de un brazo, alcanzaron la terraza del gato.

¡Venga, Maggie, ahora te toca a ti!, animó el espectro.

Pero la niña de la luna, que hasta ese instante había permanecido en un segundo plano, como era su costumbre, temblaba de vértigo. No, no se atrevía a cruzar, a moverse, casi casi ni a respirar. Y es que el suyo no era un vértigo cualquiera: dejaba atrás el castillo, su burbuja, el refugio que la había protegido del mundo de los hombres durante tantos años. Y, encima, lo hacía desnuda, pues sus amigos la miraban a los ojos, le veían el alma, y ella también los veía por dentro, ya que, con todo el ajetreo, había olvidado pedirles que se cubrieran el rostro con el jersey.

Entonces, escuchó la respiración del abuelo a pesar de la distancia, al igual que las madres escuchan el llanto de sus bebés aunque los separen kilómetros, y se tranquilizó: empezó a tomar aire lentamente, adoptando el ritmo pausado del anciano. Luego sintió la caricia del viento, que la empujaba hacia la libertad, extendió las alas, dio un primer paso, enseguida otro y, al tercero, voló sonriendo hasta abrazar al pirata.

Pero no podían perder un segundo celebrándolo, debían continuar. Entraron en la casa del gato, lo saludaron con educación, bajaron las escaleras con el pirata en volandas y se asomaron a la calle.

Esperad un momento, anunció entonces el vecino, que recorrió los escasos veinte metros que los separaban del portal del castillo y regresó con la silla de ruedas a la carrera.

Así nos será más fácil llevar al abuelo, explicó jadeando.

Ahora me toca a mí, añadió el espectro. No os mováis, os recojo aquí mismo con el coche. Encended el *walkie*, ¿vale?

Chocaron los cinco y el espectro se dirigió al garaje con su cojín bajo el brazo, preocupado porque, en el poco tiempo que habían permanecido en el portal de la casa del gato, había visto pasar nada menos que tres patrullas. Y es que otra cosa no, pero en Bilbao había una cantidad asombrosa de coches de policía. Aunque, al llegar a la puerta del garaje, se olvidó por completo del asunto.

Vecino, aquí Fantasma, cambio, dijo apretando el botón del *walkie*.

Adelante, Fantasma, cambio.

No te lo vas a creer, pero la cerradura del garaje está llena de moco, cambio.

¿Has dicho moco?, cambio.

Sí, cambio.

Pero ¿moco duro o moco blando?, cambio.
Moco duro, cambio.
Pues entonces es silicona; suelen echar silicona a las cerraduras, cambio.
¡Pero a quién se le ocurre hacer una cosa así!, cambio.
A algunos, cambio.
¿A ti?, cambio.
Bueno, a veces, cambio.
¿Y para qué?, cambio.
Pues para fastidiar, cambio.
Pero, jolín, ¿para fastidiar a quién?, cambio.
Pues a los bancos, a las peleterías, a sitios así, cambio.
¡Cómo que a las peleterías!, cambio.
Sí, es que matan animales para vender las pieles y eso, cambio.
¿Y por qué han metido moco en la cerradura de mi garaje?, cambio.
No sé, igual porque los coches echan humo, cambio.
¿Y esto se puede quitar con algo?, cambio.
Creo que no, cambio.
¡Pues a ver qué hacemos!, cambio.
Déjame pensar, cambio.
¡No, no, no hace falta, acabo de ver el coche aparcado en la calle!, cambio.
¿Sí? ¡Menos mal!, cambio.
Ya, supongo que mi padre tampoco ha podido entrar al garaje y lo ha dejado fuera. Lo que pasa es que no sé cómo voy a hacer para sacarlo de ahí: está aparcado muy justito y no se me dan bien las maniobras, cambio.
No importa, yo te indico. Espera, que vamos para allá, cambio y corto.
Montaron al abuelo en la silla y lo condujeron calle abajo mirando hacia atrás, por si aparecían las funcionarias. Ya a la altura del coche, salieron a la calzada para buscar el mejor ángulo desde donde señalar al espectro cómo debía girar el volante y le avisaron con el pulgar hacia arriba de que estaban preparados.
Entonces, el fantasma les dedicó una sonrisa, se acomodó el cojín, giró la llave de contacto y escuchó un clic.



Deseas abrir los ojos.
Lo deseas, pero tienes miedo, Maggie, muchísimo miedo.
Pues sabes perfectamente que no acabas de despertar en tu cama.
Lo sabes porque sientes chispitas en la cara, pequeñas gotas de lluvia.
Y, claro, en tu habitación nunca llueve.

Dónde estás, te preguntas. Al fin te atreves a despegar los párpados para enfrentarte a la verdad y compruebas que la lluvia es ceniza en realidad, copos de ceniza que se desploman mansamente sobre tu mirada. Y, a pesar de que estás sorda, de que no oyes absolutamente nada, te parece escuchar el minúsculo sonido que debe producir cada copo al posarse en tu piel.

No, no oyes. Además, ves raro, percibes en un solo color, como un aparato de televisión estropeado. Todo es rojo ahora, quizá porque un poquito de sangre vela tus pupilas, o sencillamente porque el mundo se ha teñido de repente. Desde tu posición, tumbada boca arriba, contemplas una sábana roja ondeando al viento. La visión es hipnótica, pues, por la fachada del edificio que la sostiene, caen cristallitos, una cascada de brillantes.

Intentas incorporarte sin comprender aún por qué descansas en la calle como una bella durmiente. Te arrodillas primero, te bamboleas después y reparas en que la bruma roja que lo envuelve todo huele a quemado. Huele y grita con todas sus fuerzas:

¡¡¡Al refugio!!!, dice. ¡¡¡Al refugio!!!

Pero no es la bruma quien grita, sino el abuelo, que huye en la silla de ruedas impulsándose con las manos, hasta que tropieza con un volante que yace en el suelo y cae de espaldas, quedando sentado mirando al cielo, sin dejar de llorar:

¡¡¡Al refugio!!!, insiste. ¡¡¡Son las sirenas de aviso, los bombarderos vuelven!!!

Es cierto, se oyen sirenas, un sonido insoportable que despierta tus oídos y te dificulta más si cabe pensar con claridad. Tú también quieres decir algo, pero has perdido la voz, casi la voluntad, y a duras penas consigues dirigirte hacia el abuelo cuando ves al vecino tendido en la calzada, chamuscado, medio ido también. Tiene encima la puerta de un coche, que aparta y se arrastra en dirección a un amasijo de hierros.

Ahora, además de tus ojos, son tus pasos los que tienen miedo. Caminas despacio tras el vecino, que encuentra una manita entre los hierros, la toma

con delicadeza y logra pronunciar una palabra a pesar de la congoja.

Amigo.

Entonces, dos sombras pasan corriendo a tu lado, caen de rodillas y se abrazan a los amasijos.

¡¡¡Hijo mío!!!, escuchas que dicen, acallando con su dolor el caos de sirenas, frenazos y voces histéricas.

Alguien te mira fijamente. Te ha tomado por los hombros y repite varias veces algo que no entiendes. Es una pregunta. Quiere saber si te encuentras bien. Luego notas que tiran de ti. Es el vecino. Te lleva junto al abuelo y empujáis la silla hacia el castillo, pasando por delante de la mirada atónita de las funcionarias, que no os ven, pues no tienen ojos más que para la bruma roja.

Ya en casa, escuchas un ruido de fondo que te hiela la sangre. Es el *walkie-talkie*, que capta interferencias, voces de fantasmas.



CAPÍTULO 20

EL OJO DE PEZ

Una línea separa el cielo de la Tierra, una línea muy tenue que se llama horizonte y que el abuelo solía decir que estaba llena de secretos, los secretos más grandes y profundos del mundo de los hombres, los que nadie alcanza a ver pero lo explican todo, hasta lo que no se entiende. Por eso navegaba siempre contemplando el infinito.

Hacía mucho que había caído la noche, pero Maggie seguía intentando distinguir aquella línea mágica asomada a la ventana. Quería saber, comprender lo que había ocurrido, pues no acababa de asimilarlo. Pero por más que buscaba una respuesta en el horizonte, solo apreciaba la silueta oscura de las montañas, la luna y un inmenso mar de lágrimas que cubría toda la ciudad.

No, no podía dormir, imposible conciliar el sueño; le ardía la piel, aunque no por efecto de la explosión, que solo le había dejado unos cuantos rasguños, sino por la pena, que le subía la fiebre como nunca antes.

Las campanas de una iglesia cercana doblaban con tristeza, anunciando que acababan de dar las cuatro de la madrugada, cuando escuchó un golpe seco e, inmediatamente después, percibió pasos que se acercaban a toda velocidad por el pasillo.

¡¡¡Policía!!!, gritaron los pasos. ¡¡¡Manos arriba!!!

Aterrorizada, arrastró al pirata bajo la cama y aguardó en silencio. Pero pasaron los minutos y, aunque parecía que la casa iba a derrumbarse por el peso de los pasos, que se multiplicaban a cada instante, la puerta de la habitación permaneció cerrada, no se movió un solo milímetro, y comprendió que el escándalo no provenía del interior del castillo, sino del piso de arriba. El techo temblaba.

Dejó al abuelo ahí, escondido bajo la cama sin saber por qué, y se dirigió a la entrada a echar una ojeada por la mirilla. Advirtió que había policías en el rellano, muchos policías armados con pistolas, y que dos de ellos conducían a la madre del vecino escaleras abajo. Pestañeó para asegurarse de que lo que

veía era real, y sí, a pesar de que la imagen estaba deformada por el ojo de pez de la mirilla, que daba a la escena un aspecto siniestro, como de pesadilla, efectivamente se la llevaban esposada. Su hijo trataba de impedirlo: la cogía del jersey, del brazo, de la cintura, de cualquier parte, hasta que un guardia lo apartó de un empujón y Maggie retrocedió porque, visto a través del ojo de pez, le dio la impresión de que se le venía encima. La puerta retumbó por el impacto, y escuchó cómo la espalda del vecino se deslizaba lentamente hasta el suelo. Pasados unos segundos, se atrevió a pegar de nuevo el ojo a la mirilla y vio a su hermanito llorando en el rellano, descalzo, en pijama. Abrió la puerta y la cabeza del vecino rodó sobre sus piernas. Tenía las manos sobre la cara.

¡Niña, qué haces aquí!, gruñó un policía que empuñaba una escopeta. ¡Venga, métete en tu casa!

Obedeció, cerró con cuidado de no hacer daño al vecino, que se abrazó a su hermanito, y otra vez sintió pasos en el techo, y también golpes, portazos y el sonido característico que hacen los muebles al ser arrastrados por un suelo de madera. Entonces el policía de la escopeta tapó la mirilla y Maggie vio los surcos de la palma de su mano ampliados de tal manera que parecían desfiladeros de una tierra imaginaria, y corrió a esconderse bajo la cama.

El abuelo dormía plácidamente.

CAPÍTULO 21

LA CANCIÓN DEL PIRATA

Maggie no durmió aquella noche. Solo se le cerraron los ojos un poquito cuando los pasos abandonaron la casa del vecino, a eso de las seis y media de la madrugada. Pero los abrió enseguida, pues temía que regresaran.

Sonó el radiodespertador y aguzó el oído bajo la cama para escuchar las noticias.

En estos momentos, dijo el locutor, son ya cuarenta los detenidos en relación con el atentado perpetrado por ETA en la tarde de ayer, en el que resultó herido de gravedad un niño de doce años, Raúl Santos Prieto, al estallar una bomba adosada a los bajos del coche de su padre: un agente de la Policía Nacional. El último parte médico facilitado por el Hospital de Cruces, donde permanece ingresado, señala que su estado es crítico y todo depende de la evolución que experimente en las próximas veinticuatro horas, que se consideran determinantes.

Maggie respiró: ¡Fantasma seguía vivo! Aunque aquellos adjetivos tan extraños, «crítico», «evolución» y «determinante», la dejaron muy preocupada. Encima, no tuvo oportunidad de consultarlos en el diccionario, porque el locutor interrumpió la sucesión de declaraciones de condena del atentado con una noticia de última hora. Llegó precedida de un largo silencio, que sorprendía tratándose de la radio, ya que los locutores no paran nunca de decir cosas tristes.

La información todavía es confusa, advirtió, pero parece confirmarse que una de las detenidas durante la noche ha fallecido en dependencias policiales víctima de un paro cardíaco, según el Ministerio del Interior.

Una premonición oprimió el pecho de la niña, que subió las escaleras atropelladamente y halló la casa del vecino con la puerta abierta, llena de desconocidos que deambulaban de aquí para allá con las manos sobre la cabeza. Buscó a su amigo por las habitaciones y lo encontró rodeado de compasión, por lo que supo con toda seguridad que la radio hablaba de su madre.

Le limpió las lágrimas. Era la primera vez que lo tocaba, que acariciaba a alguien, que le sostenía la mirada y le rozaba los labios con un beso. Incluso se atrevió a abrazarlo. Hasta que uno de los desconocidos, probablemente un familiar, pues guardaban cierto parecido, se lo llevó junto a su hermano, que lo llamaba.

Maggie, ¿qué vas a hacer?, dijo volviéndose hacia ella.

No lo sabía. Bajó a su habitación y se acurrucó contra la pared. Necesitaba sentir el aliento del fantasma, sus palabras, aquellas que la habían guiado siempre. Pero ya no estaba ahí para ayudarla a buscar esperanza en un mundo tan cruel. Se debatía entre la vida y la muerte en un hospital llamado Cruces, cuyo nombre, pensó ahora, no presagiaba nada bueno. Y tras reparar en ello, se creyó egoísta: era él quien verdaderamente necesitaba ayuda. Entonces se le iluminó la cara, apenas un poquito, pero mucho teniendo en cuenta las circunstancias, y cogió el estuche de los rotuladores mágicos y empezó a dibujar de forma impulsiva, como una artista a la que le llega la inspiración y su mano enloquece tomada por las musas. Pintó la pared poniendo el alma en cada trazo, y también le puso brazos, piernas, tobillos y zapatos, todo lo que un niño precisa para correr y ser feliz. Hasta le retocó los labios, aquellos que en su día no se atrevió a repasar porque eran perfectos tal y como estaban. Lo hizo además empleando toda su pericia, ya que, curiosamente, la textura de la pared por la zona de la boca era diferente, más dura, con lo que le resultaba complicado dirigir el rotulador sin desviarse. Y no podía permitirse un fallo, era muy importante que el dibujo le saliera bien.

Pintó al fantasma con los papos encendidos, del color de la sangre, porque la sangre es muerte, sí, pero también vida; es lo que mueve el mundo. Y cuando terminó el trabajo, se sintió satisfecha: su amigo ya no parecía un espectro.

El abuelo, entretanto, había entrado en la habitación de manera inadvertida y la contemplaba en silencio. Cada vez salían menos palabras de su boca. Las había perdido a cientos en las últimas semanas, y sobre todo desde el atentado, que lo había dejado prácticamente mudo. Las suplía con gestos, pero era difícil interpretarlos, pues los ojos, las cejas y las arrugas se le descontrolaban al intentar expresarse, como les sucede a los bebés, y el resultado era siempre una sucesión de emociones confusas.

Al verlo ahí, perdido, la niña decidió huir, aunque no tuvieran adónde. No les quedaba más remedio: las funcionarias regresarían a por ellos. Se asomó a la ventana para asegurarse de que no había coches patrulla aparcados junto al portal, luego echó una ojeada por la escalera y, de vuelta a la habitación, halló

al pirata con una fotografía entre las manos. Se la ofreció con cara de asco, después de sorpresa y, por último, de satisfacción. Era en blanco y negro, muy vieja. La tomó con cuidado de no ensuciarla con los dedos y a pocas se desmaya: ¡Se trataba del Aingerutxu! ¡Era un retrato del pirata posando de joven junto al Aingerutxu!, que se veía precioso, con la vela desplegada al viento y el nombre escrito en minúsculas en su pequeño casco de madera.

¿De dónde la has sacado?, le preguntó.

El abuelo no respondió. Ni siquiera pareció entenderla. Pero daba igual que no fuera capaz de contarle nada acerca de la fotografía; su existencia probaba que la historia del Aingerutxu era cierta y, por tanto, ya tenían un lugar en el mundo adonde huir.

Se vistió a toda prisa, enfundó al pirata en su gabán y lo condujo con la silla de ruedas a la lonja donde guardaban el chinchorro: necesitaban el bote para llegar hasta ese lugar en el mundo, que no era otro que el mar, donde se encontraba su madre. Gracias a la foto, ya no le cabía ninguna duda de que era una sirena. Sí, navegarían los quince o veinte kilómetros que los separaban del océano y se arrojarían por la borda para que viniera a salvarlos de morir ahogados con un beso de agua, como hizo su abuela con el pirata cuando el Aingerutxu fue abordado por aquel destructor durante la guerra.

Pero, al abrir la persiana de la lonja, se topó con un problema: un pastel, había un merengue de chocolate en el sitio donde debía descansar el motor del chinchorro. Aquello era obra del señor Yanqui, claro. Pero lejos de enfadarse, se alegró por él, de que estuviera tan vivo como para robarles a pesar del punto de mira que lo amenazaba. Además, ya nada podría detenerlos: alcanzarían el mar como fuera. Aunque enseguida comprendió que no le iba a resultar fácil, pues el bote pesaba demasiado para llevarlo a la orilla ella sola. La ayudaron dos gitanillos que fumaban un cigarrillo a medias junto a la lonja y que, tras botar la embarcación al agua, también le echaron una mano con el abuelo por las escaleras que bajaban a la ría, que eran muy empinadas y estaban cubiertas de verdín.

Una vez embarcados, la niña comenzó a remar y lo hizo con tal ímpetu que le salieron ampollas al de pocas paladas, pero aun así continuó bogando sin descanso rumbo a su madre, hasta que no pudo levantar los brazos más. Sin fuerzas, incapaz de sostener los remos siquiera, se le cayeron al agua y el chinchorro quedó flotando en mitad de la nada.

La gente los observaba desde tierra y un hombre preguntó algo que los graznidos de las gaviotas les impidieron escuchar. Subían alborotadas por el cauce, escapando de una tormenta que se aproximaba a la ciudad. El hombre

volvió a formular su pregunta ahuecando las manos en torno a la boca, a modo de megáfono. Quería saber si estaban bien. Y en esta ocasión el pirata sí que respondió, pero lo hizo cantando. Desde hacía un tiempo canturreaba mucho, sobre todo una habanera que entonaba antiguamente cuando salía a la mar. Aunque, poco a poco, aquella canción, como el resto de lo que decía, había ido perdiendo estrofas por el camino y se reducía ya a una sola frase, que repitió a pleno pulmón para imponerse a las gaviotas.

*¡Cuando en la playa la bella Lola
su larga cola luciendo va...!*

El señor marchó contrariado, pensando que le tomaban el pelo, y empezó a nevar. Cuajó incluso sobre sus cabellos, mientras de fondo se oían voces que hacían de coro a la canción del abuelo. Provenían de una manifestación que desfilaba con pancartas en las que aparecía la madre del vecino, pintada con gran habilidad, a juicio de Maggie, pues con cuatro trazos negros, poco más, su rostro era perfectamente reconocible. Las pancartas gritaban, denunciaban que había muerto torturada y llamaban asesina a la policía, que se presentó de pronto con las porras en alto, y Maggie se tapó los ojos.

Más tarde, cuando la ciudad recobró la calma, otros viandantes se preocuparon por ellos y también escucharon con extrañeza la canción del pirata. Un estudiante fue a lanzarles una cuerda con la intención de acercarlos a la orilla, pero los gritos regresaron y la cuerda fue pisoteada por los manifestantes, por la policía y, finalmente, por un perro, que se detuvo a olisquearla.

El cielo era de color beis y los copos gigantes. Flotaban, era difícil predecir si acabarían posándose en tus pestañas o en cualquier otro lugar. Se trataba de la mayor nevada desde hacía décadas y los sonidos de la guerra sonaban amortiguados por el manto blanco, cada vez más denso, más bonito, tan extraño. Hasta la barandilla que separaba la ría de la acera acumulaba ya gran espesor, y eso que era redonda, muy estrecha. Llegó un momento en que dejó de escucharse el tráfico y entonces se notó una gran paz, una calma sin precedentes en la ciudad. Pero la nieve llegaba tarde. No había detenido el mundo a tiempo. Todo había sucedido ya.

Maggie tiritaba mientras los copos se derretían sobre su frente. Luego, la fiebre se adueñó también de sus párpados y, mecida por la brisa, que los bamboleaba, se durmió.

CAPÍTULO 22

LA HERIDA

Una hora después, el abuelo la despertó soplándole las pestañas y la niña lo confundió con un muñeco de nieve, pues todo en él era blanco: su pelo, su barba, su gabán e incluso sus pensamientos. Comprendió que no podían permanecer más tiempo allí, bajo la tempestad, y agachó la cabeza. Ya nunca alcanzarían el mar. El futuro había desaparecido mientras dormía.

Sumergió las manos en las aguas heladas de la ría y remó sin remos hasta alcanzar la orilla. Luego abandonó el chinchorro a su suerte y regresaron al castillo luchando por avanzar con la silla de ruedas entre los dos palmos de nieve que se habían acumulado ya en la calzada.

Agotada, se desplomó sobre la cama y escondió las lágrimas bajo la almohada, hasta que se percató de que hacía rato que sonaba el timbre y se levantó a abrir la puerta. Pero se detuvo en mitad del pasillo al percibir el horrible perfume de las funcionarias, que hurgaban en la cerradura. ¡Pretendían forzarla!

Cogió al abuelo y se lo llevó corriendo a su habitación, que era la más alejada de la entrada, y arrastró los muebles contra la puerta para encerrarse mientras el pirata se distraía palpando la pared. Acariciaba al fantasma. Le tocaba el pelo, la nariz, las mejillas, al igual que hizo ella cuando descubrió su rostro. Al final, posó un dedo sobre sus labios y la niña advirtió desde la distancia que los tenía desconchados, como si se los hubiera rozado con una esquina al mover los muebles. Ya no eran perfectos.

Entonces el pirata apretó con todas sus fuerzas en el centro exacto de los labios y, tras escucharse un chasquido, se entreabrió una puertecita en la pared, en la cara del fantasma.

¿Qué es eso?, preguntó Maggie alucinada ante lo que parecía un armarito secreto.

El viejo trató de responder, pero solo logró balbucear cosas sin sentido; así que se acercó a mirar y lo primero que observó fue que, bajo el papel desconchado que cubría la puertecita y que la había mantenido camuflada

hasta entonces, asomaba una letra, una equis pintada con mal pulso, e intrigada, tiró del papel para despegarlo un poquito más. La equis se hizo más evidente y se le ocurrió que el rostro original del fantasma tal vez se hubiera creado al mezclarse la tinta de esa letra oculta con la humedad del tabique.

Terminó de abrir el armarito secreto sintiendo cómo crecía una inexplicable ilusión en su interior, pero no halló nada, solo ladrillos. Luego reparó en que uno tenía un agujero y metió la mano; y cuando la sacó, sostenía un cofre chiquitito, uno de esos que se suelen utilizar como joyeros. Muy mono.

¡El tesoroooooo!, festejó el pirata.

Aunque le duró poco la alegría.

¡Maggie, ¿estáis ahí dentro?!, preguntaron las funcionarias golpeando la puerta contra los muebles.

La niña abrió el cofre precipitadamente y encontró papeles, una carpeta llena de documentos antiguos del sindicato clandestino en el que militó el abuelo durante el franquismo, además de muchas fotos. Alguna era del Aingerutxu, con lo que comprendió de dónde había salido la de antes. Y metida entre las fotos, descubrió la luna: un libro de familia que recogía el nombre y la fecha de nacimiento de su madre. Se le empañaron los ojos. El tesoro del que hablaba siempre el pirata, ese que no paraba de buscar, ¡existía, estaba señalado con una equis y era el mejor tesoro que hubiera imaginado nunca!

¡Maggie, vale ya, retira estos muebles!, ordenaron las funcionarias.

¿Y la carta?, saltó el abuelo sorprendiendo a la cría por la cordura de su pregunta.

¿Qué carta?

¡Pues la carta, la carta, la carta, busca la carta!

Deslumbrada por la cantidad de palabras que salían por su boca, escudriñó en el interior del cofre y la halló en un bolsillo lateral, junto a un fajo de billetes. Había más cartas, pero supuso que se refería a esa porque era la única que se encontraba abierta, fuera del sobre. La acercó a la luz y la leyó sin respirar...

Hola, cariño.

No te puedes hacer idea de la vergüenza que siento al dirigirme a ti después de tantos años sin dar señales de vida. Solo me atrevo a escribirte porque sé que si no lo hago ahora, que me encuentre con fuerzas, nunca reuniré el valor suficiente. Y mereces saber la verdad.

No es excusa, pero todo ocurrió en una época oscura de mi vida, un tiempo del que la única imagen que conservo con claridad es la de tu abuela sentada en el sofá, aparentemente dormida. Se fue mientras escuchaba la radio. Aquella mañana habíamos discutido. La quería mucho, pero le dije que había muerto para mí. Y esas fueron las últimas palabras que oyó de mi boca.

La maté a disgustos, hija, y me perdí.

Después del funeral, pasé meses sin aparecer por casa y solo regresé cuando me quedé embarazada. Acababa de cumplir diecinueve años.

No puedo contarte demasiado acerca del embarazo, solo que de pronto estabas ahí: la niña más bonita del mundo. Pero naciste con los ojos abiertos y sentí vergüenza de lo que veías. Mis brazos pinchados. Mi cara demacrada. Y no me atreví a tocarte.

No, no te acaricié, cariño, no te acuné. Te olía, simplemente te olía, y me entraban ganas de llorar. Te rechacé. Y creo que esa circunstancia tan triste, tan injusta por mi parte, es precisamente lo que te ha hecho tan especial.

Pensarás que no tengo ni idea de cómo eres, pero no es así; tu abuelo me escribe con regularidad y, a través de tus dibujos, me cuenta tus ilusiones, pero también tu dolor, ese que no sabes de dónde viene.

No busques más, hija. Tu herida soy yo. Te abandoné antes de lo que crees. Tu primer año lo pasaste sola. Recuerdo que un día dejaste de llorar y me sorprendió; llorabas siempre, a todas horas. Me asomé al capazo y vi que estabas entretenida con tus piececitos. No lo comprendí entonces, pero ahora sé que, a falta de atención, en ese momento aprendiste a jugar contigo misma y, poco a poco, creaste tu mundo, un mundo maravilloso pero demasiado solitario; una isla de cristal, dice el abuelo, que está muy preocupado por ti.

Poco después, llegó el día más negro. Estuve a punto de matarte. También a ti. Olvidé darte el biberón durante ni sé el tiempo. Menos mal que alguien se dio cuenta de que convulsionabas y te llevó al hospital, deshidratada. Cuando te dieron el alta, fui a casa de tu abuelo, te dejé sobre el felpudo y hui a Escocia, con la tía Allison. Quería salvarte.

Lejos de ti, todos estos años los he pasado cayendo, volviendo a caer, intentando abandonar la droga: lo que nos separó. El camino ha sido

duro, lleno de mentiras, hasta que ingresé en un centro de desintoxicación y recordé tu luz. Porque fuiste tú, solo tú, mi pequeña, el deseo de volver a tu lado, quien me curó.

El abuelo dice que, a pesar de todo lo que te he hecho, constantemente preguntas por mí y revuelves los armarios en busca de una fotografía en la que aparezca. Déjalo, cariño; no encontrarás nada. Quemé todos mis retratos.

Te escribo para que te entreguen esta carta en tu cumpleaños. Si me perdonas, si crees que existe una mínima posibilidad de que llegues a perdonarme, me gustaría conocerte. Y si te parece bien, ser tu madre, al fin.

Te quiero, siempre te he querido. Siento en el alma no haber sabido demostrártelo.

Al terminar de leer aquellas palabras de chocolate, Maggie comprendió que ese era el regalo que el pirata quiso entregarle el día que salieron de excursión en barquita, pero que no pudo porque no sabía dónde lo había guardado. Y temblando, pero esta vez no por la fiebre, sino de emoción, cerró la puerta del armarito secreto y observó cómo se componía de nuevo la cara del fantasma.

Le dio un beso en los labios, un beso que le supo a la tinta del rotulador con que se los había coloreado, y entonces el espectro dijo algo:

Hola, Maggie.

CAPÍTULO 23

LA ISLA DE LA LUNA

¡Maggie, responde, jolín!, insistió el fantasma.

Impresionada, retrocedió y pisó el *walkie-talkie*, que estaba tirado en el suelo. Y al verlo bajo su pie, esbozó la sonrisa más grande que había esbozado jamás.

¡Fantaaaaaaaasma!, exclamó apretando el botón para contestar. ¿Estás bien?

¿Que si estoy bien? ¡Me encuentro genial, mejor que nunca!, respondió el espectro.

¡Jo, pues estaba muy preocupada por ti! En la radio han dicho que... ¡Ah, ya sé lo que ha pasado! ¡¡¡Es el milagro!!!

¿El milagro?

¡Sí, te has salvado porque antes te he dibujado vivo en la pared!

¿Que me has dibujado qué?

¡Vivo! ¡Te he dibujado vivo! ¿No lo entiendes?

No.

¡Uy, perdona!, pensaba que te lo había contado. Es que hago milagros: dibujo lo que quiero que pase y luego, no sé cómo, pero se hace realidad. A mi ama también la dibujé un día y acaba de aparecer. ¡Me ha escrito desde Escocia!

Sí, ya lo sé. Te he oído leer su carta. Me alegro mucho, Maggie.

Jo, me tienes que perdonar, Fantasma, suplicó la niña profundamente avergonzada de pronto. Todo ha sido por mi culpa. Es que la primera vez no te dibujé bien, no te puse cara ni nada porque creía que eras un fantasma de los de verdad. Y por eso casi te mueres. Pero esta mañana te he pintado con todas las cosas de un niño normal, ¡y has resucitado!

¡Cómo!, ¿qué has dicho?, ¿que he resuci... qué?, se sorprendió el fantasma. Habla más alto, casi no te oigo.

Ya, yo tampoco. Debe ser que el hospital está demasiado lejos para los *walkie-talkies*.

Vaya, ahora sí que no te oigo nada. ¡Pero qué son esos ruidos!

Los ruidos los hacían las funcionarias, que luchaban por abrirse paso a la habitación empujando la puerta con la ayuda de una pareja de municipales. Y, al escucharlos y ver cómo se movían los muebles ellos solos, el pirata empezó a gritar:

¡¡¡Los hombres de oscuro no existen, no existen, no existen!!!

¡Maggie, por el amor de Dios!, rogaron entonces las funcionarias. ¡Déjanos pasar! ¡Hazlo por tu abuelo, le va a dar algo!

Y nada más decir esto, sus voces se tornaron graves, horrorosas, como de ogro:

¡¡¡Sal de ahí, niña del demonio!!! ¡¡¡Sal de tu agujero!!!, decían y repetían mientras ella apretaba con desesperación el botón del *walkie*, inútilmente, pues parecía que se había cortado la comunicación.

¡¡¡Fantasma, por favor, responde, socorro, socorro!!!

¡¡¡Basta ya!!!, aullaron los ogros aporreando la puerta con los puños. ¡¡¿Con quién hablas?!! ¡¡¡Sal de una vez o entraremos a comerte!!! ¡¡¡Sal, sal de ti!!!

Trató de contener los muebles con la espalda, pero seguían avanzando y el abuelo no colaboraba; se le iban las fuerzas por la boca, chillando, histérico. Y en uno de los envites de los ogros, el más fuerte de todos, el *walkie* se le escapó de las manos y cayó al suelo, rodando las pilas por debajo de la cama. Las buscó a tientas, sintiendo el aliento de los ogros en la nuca, y tras unos segundos agónicos, durante los cuales pensó que se le salía el corazón por la boca, el fantasma volvió a hablar:

¿Qué son esas voces, Maggie?

La niña miró el *walkie*, vacío, sin pilas, y se dibujó una inmensa tristeza en su rostro, pues nadie de este mundo es capaz de comunicarse así.

Se acercó a la pared intentando aguantar las lágrimas que le rodaban por las mejillas, y le susurró al oído, haciendo como que no sucedía nada, al menos nada tan grave como lo que suponía:

Son las funcionarias, Fantasma. Han venido a por nosotros.

Jo, Maggie, esto es otra cosa, reconoció el espectro. Ahora te oigo muchísimo mejor, casi casi como si estuvieras a mi lado.

Las lágrimas crecieron y una de las funcionarias aprovechó el momento para hacerse oír:

Tienes que abrir la puerta, cariño, pidió con una dulzura que sorprendía en un ogro. El mundo está lleno de cosas bonitas. Te prometo que las vivirás junto a tu abuelo. Te doy mi palabra. Pero sal de la habitación, por favor.

Entonces el fantasma inspiró y dijo:

Maggie, escucha, creo que esas mujeres no son tan malas como parecen. Hazles caso. Además, ya has salido.

¿Cómo que he salido! ¿Adónde?

No te das cuenta, pero te has abierto. Yo también lo he hecho, gracias a ti. Al vecino y a ti. Yo era un fantasma, ¿recuerdas? También vivía encerrado. Venga, no tengas miedo, abre la puerta.

¡Pero es que ahí fuera la gente se muere! ¡Se hacen daño!

¿Por qué dices eso? ¿Quién ha muerto?

El espectro formuló la pregunta con la garganta encogida por una duda terrible y se produjo un largo silencio.

Dime, Maggie, ¿quién ha muerto?, insistió.

...

¡Te he dicho que me digas quién ha muerto! ¡¡¡He dicho que me lo digas!!! ¡¡¿Quién, quién, quién, quién ha muerto?!!

No era la primera vez que el espectro elevaba la voz, pero nunca lo había escuchado tan fuera de sí.

Ha muerto la madre de Jon, concedió al fin la niña.

¿La madre del vecino?

Sí.

Vaya... Pobre Jon.

¿Lo entiendes ahora?, se explicó. Por eso quiero seguir aquí, contigo, con el abuelo, con el vecino.

Eres tú la que no entiende, Maggie. No hace falta que sigas escondiéndote. Ya no pueden separarte de tu abuelo. Ahora tienes madre.

Sí, pero solo sé que está en Escocia. No la encontraré.

¿Y el remite?

¿Qué remite?

Pues el remite de la carta, precisó el fantasma. Seguro que ha puesto su dirección en la parte de atrás del sobre. Míralo.

¡Ay va, tienes razón; hay unos números y una cosa escrita en inglés!

¿Qué cosa?

«Isle of Skye».

Qué bonito, Maggie, tu ama vive en una isla. Venga, enséñales la carta a las funcionarias y verás cómo todo se arregla.

¿Seguro?

Sí, seguro. Y no te olvides de pintar a la madre del vecino.

¡Es verdad, no se me había ocurrido! ¡Puedo salvarla!

Vamos, sal. Te están esperando.

Pero... ¿y tú?

Yo, ¿qué?

Pues tú, ¿qué vas a hacer?

Yo te espero aquí, prometió el fantasma.

Y el abuelo abrió la puerta.

El cielo (invierno, 1985)



Un día, tiempo después, Maggie sacó los rotuladores mágicos del estuche y dibujó el mundo bajo un único cielo. Sí, esta vez no pintó dos o tres como tenía por costumbre; solo hizo uno, pero majestuoso. Un cielo bajo el que cupieran todos: los vivos, los fantasmas y los que se fueron. Un lugar acogedor hasta para los recuerdos.

Esta novela está inspirada en la historia de una niña real que padece un trastorno psicológico originado por la falta de afecto que sufrió en el orfanato donde pasó su primer año de vida. Aunque no recuerda nada de aquel entonces, pues solo era un bebé, esa herida invisible hoy le provoca ansiedad, ataques de pánico, infecciones, fiebres, alergias y dificultad para relacionarse, lo que contrasta con una necesidad desmedida de cariño que no es capaz de saciar nunca. Además, no crece. Es Peter Pan. Detuvo el tiempo porque, ahora sí, goza del calor de unos padres que la quieren con locura.

Isabel Holgeras (2018)



Las ilustraciones de este libro son obra de otra niña especial. Se llama Isabel Holgueras y posee un cromosoma de más en su ADN; un tesoro, a mi juicio, porque creo que en el interior de ese cromosoma, que tiene forma de equis, se encuentra el secreto de la bondad, del amor incondicional.

Al igual que Maggie, Isabel se comunica mejor dibujando, y si no llega a ser por ella, por todo lo que me ha revelado con cada ilustración, la niña de la luna, siempre tan esquiva, se me habría ocultado tanto que esta novela habría sido imposible.

Sin embargo, hasta hace poco, curiosamente, nadie sabía que todo lo que dibuja Isabel guarda un significado profundo. Con esta experiencia hemos descubierto que su obra no es solo deslumbrante, sino también simbólica, una especie de lenguaje puro en el que cada detalle tiene un porqué que no se aprecia a simple vista, pero se siente. Es Arte en mayúsculas.

Nunca olvidaré el día que recibí una carta procedente de Madrid en la que Merce, su hermana, que en aquel entonces era una desconocida para mí, me contaba lo que había sentido al leer *La lengua de los secretos*, mi primera novela. La carta llegó acompañada de una mariposa: un dibujo de Isabel. Ese es el origen de esta aventura increíble en la que tres personas, Isabel, Merce y

yo, trabajamos desde la distancia durante un año para construir un sueño: este libro.

Se lo dedico a todos aquellos que tienen un gen, un cromosoma o un suceso en su pasado que los hace diferentes, más humanos y sensibles, y por eso no encajan en este mundo creado por normales.

Siempre he pensado que la solución está en la diferencia.

Ahora ya no me cabe duda.

Necesitamos sentir más, muchísimo más, sentirlo todo de corazón, para mirar hacia delante con esperanza.

EN MEMORIA

En memoria de todas las víctimas del mundo de los hombres.

En honor a los tripulantes del Agustintxu, pesquero de Erandio que, el 24 de septiembre de 1936, fue abordado por el destructor franquista Velasco mientras faenaba frente a la localidad de Armintza.

En recuerdo de Abdón Holgueras, padre de Isabel y Merce, que cuida de su familia desde la luna.

AGRADECIMIENTOS

A Isabel y Merce, por tantas cosas que no caben aquí. A Miguel, por su amistad y ayuda. A Nerea y Jacqueline, por ser mis guías. A mis padres, porque les quiero. A Andrés, por asesorarme a nivel histórico. A Itxaso, por sus memorias de Campanilla. A Ratón, por sus recuerdos y abrazos. A Eduardo, Agurtzane, Ane, Virginia e Iñaki, por pasear conmigo y descubrirme claves sin saberlo. A Edurne, por escuchar. A Gonzalo, por hablarme de colores. A Fran, por echarme un cabo en asuntos náuticos y acompañarme durante la travesía para que no me hundiera. A José Antonio, por describirme la galerna de junio de 1987 desde un pequeño gasolino. A Cristina, porque no podía ser de otra forma. A Ramón, por enseñarme las palabras. A Iker, por ayudarme con los grafismos. A Aizkoa, por infundirme ilusión. A Jota, por recordar lo que necesitaba y crecer conmigo. A Yolanda, por confiarme su Escocia. A Ibon.

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE MAGGIE?

CAPTURA LA MARIPOSA CON TU MÓVIL Y ABRE ESTE ENLACE:

www.martinabrisketa.com/epilogoelpaisescondido



MARTÍN
ABRISKETA



EL PAÍS
ESCONDIDO



Lectulandia